

El Cardo de Bronce

Cuadernos de Poesía y Pensamiento de Tomelloso



Homenaje a

**FRANCISCO
GARCÍA PAVÓN**



EL CARDO DE BRONCE

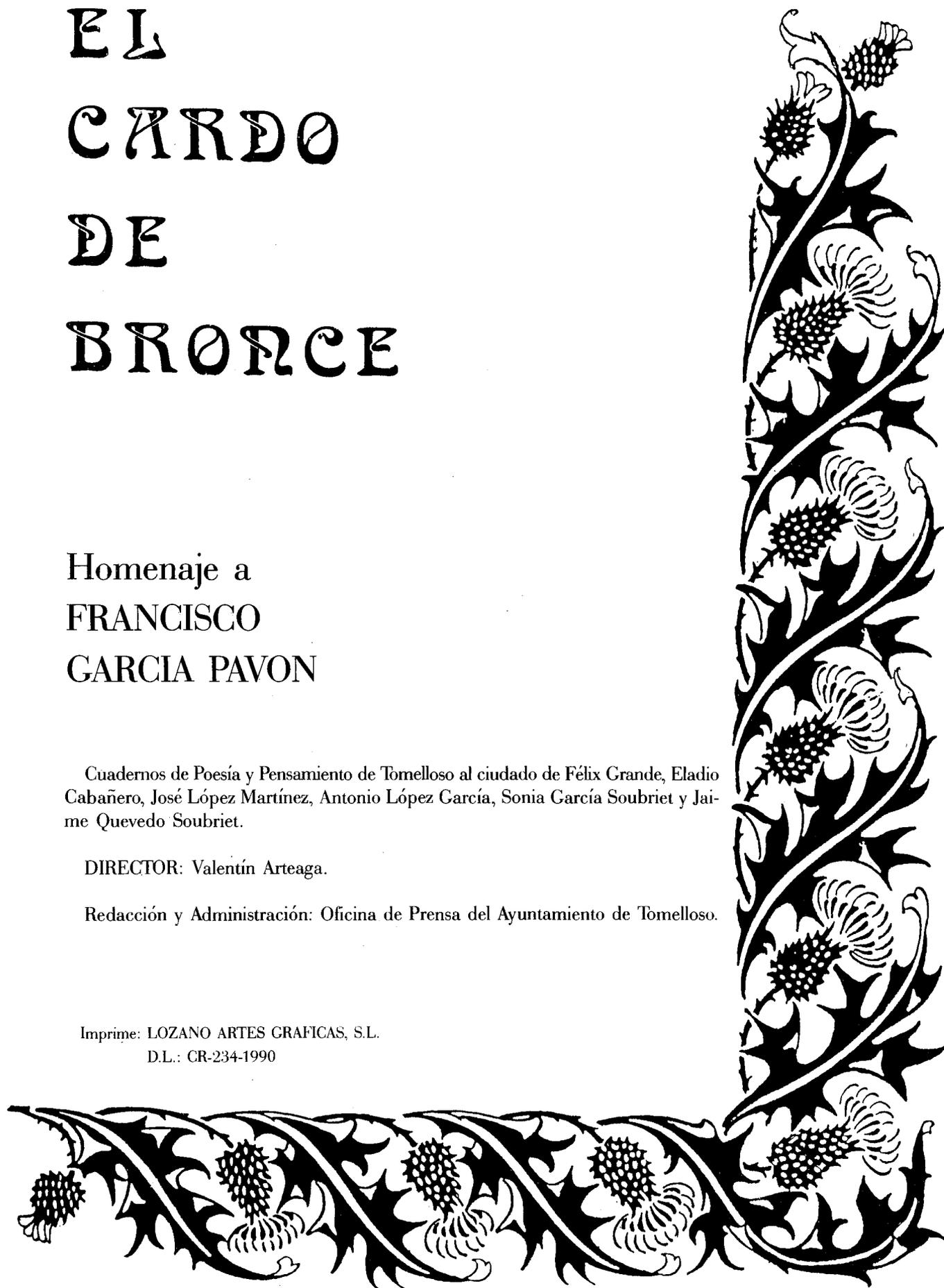
Homenaje a
FRANCISCO
GARCIA PAVON

Cuadernos de Poesía y Pensamiento de Tomelloso al ciudadano de Félix Grande, Eladio Cabañero, José López Martínez, Antonio López García, Sonia García Soubriet y Jaime Quevedo Soubriet.

DIRECTOR: Valentín Arteaga.

Redacción y Administración: Oficina de Prensa del Ayuntamiento de Tomelloso.

Imprime: LOZANO ARTES GRAFICAS, S.L.
D.L.: CR-234-1990



PRESENTACION Y OFRECIMIENTO

El hecho de ostentar un cargo público sigue produciendo —en casi todos los modelos de sociedad— la particular inercia de verse imperceptiblemente empujado a “presidir” o encabezar actividades, muestras o manifestaciones de la más variada índole. Y éste es hoy el caso en que, como insólita consecuencia de de mi vocación política, me veo en la honrosa tesitura de presentar esta publicación en la que alternan en el uso de la pluma, y en singular tertulia, algunos de los nombres más codiciados de nuestra literatura, teniendo como objeto de su liza no un premio prestigioso, sino algo mucho más importante: el respeto y la admiración a un buen amigo.

Vaya así por delante que me dirijo a tí, lector, sin más título o condición que la de representar por elección a un pueblo que es particularmente emotivo en lo más íntimo con todos aquellos que, de una u otra forma, han sabido simplemente explicar a los demás cómo somos, con la medida y el tiento de quien manipula delicadamente algo muy propio. Y que sea también razón que me asiste el llevar el recuerdo de Paco García Pavón muy cosido dentro de mi querido mundo literario y junto a las mejores imágenes de mis primeros años.

El valioso conjunto de colaboraciones que hacen de esta edición un ejemplar único, desinteresadas en lo material, tienen todas el denominador común del interés por la figura de un hombre discreto y entrañable cuyo cuerpo —como dice Félix— derribó la muerte hace un año, pero sin lograr privarnos de cuanto escribiera y conversara.

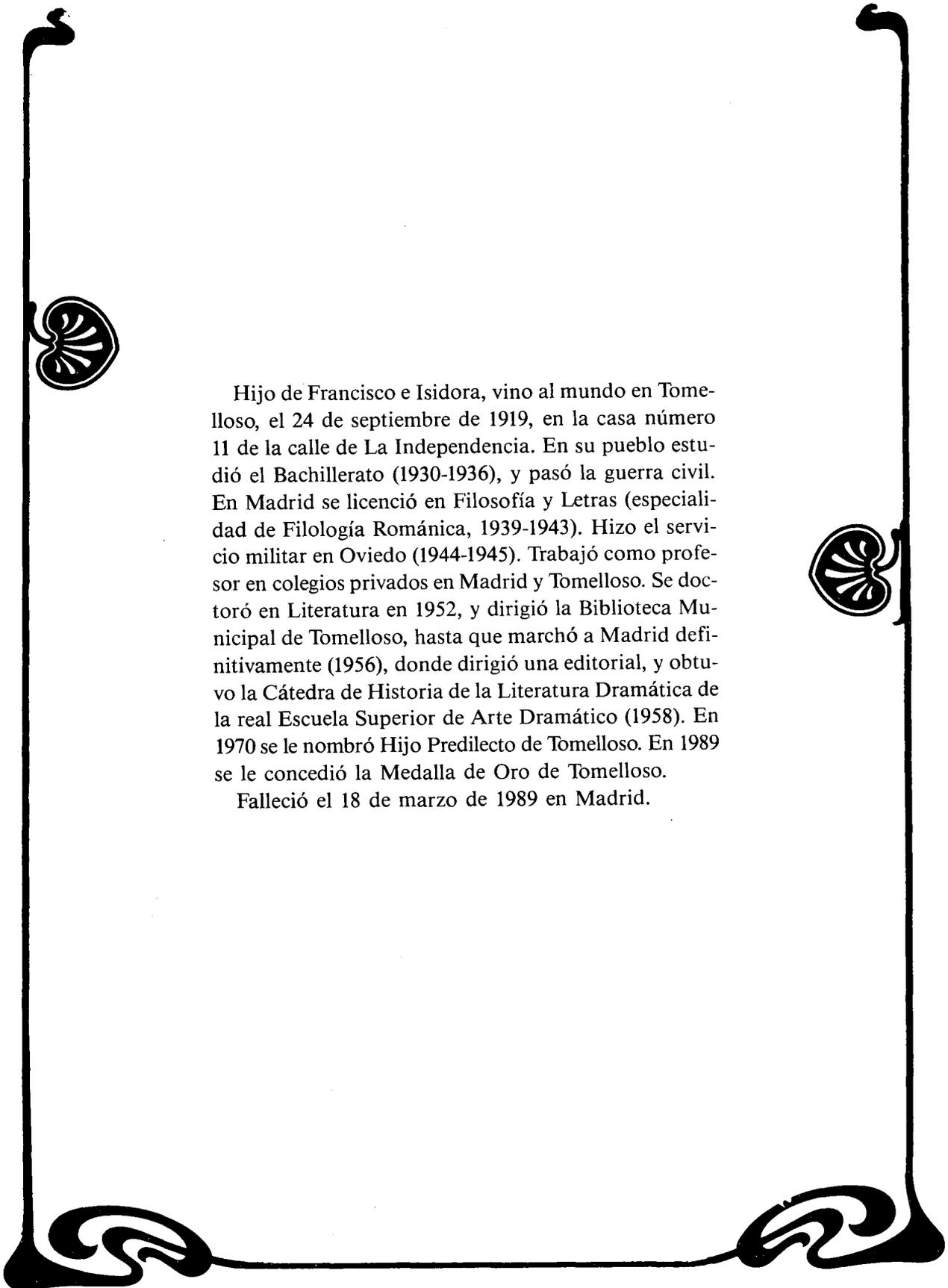
Todos y cada uno de los hijos de este Tomelloso suyo valoramos este sencillo homenaje por un doble motivo. Primero, como es evidente, por glosar la personalidad de quien paseó con orgullo por mil rincones su origen y su esencia de tomellosero. Pero también porque en la mayor parte de los textos subyace una admiración no menor por todo aquello que Paco quiso resaltar de nuestro pueblo, con lo que —de algún modo— hasta el más pequeño de nuestros conciudadanos viene a resultar honrado desde esta improvisada tribuna.

En nombre de todos cuantos aquí vivimos —y aquí queremos, como Paco, descansar un día— gracias a cuantos han prestado su colaboración en estas jornadas de recuerdo pues, aunque hubiera sido materialmente pequeña, ha estado cuajada sin duda de la mejor voluntad y afecto.

La expresión literaria y artística que se contiene en estas hermosas páginas, vivirá para siempre en el recuerdo junto a la imagen de Paco García Pavón apenas vista entre los árboles de la placeta del Casino de San Fernando.

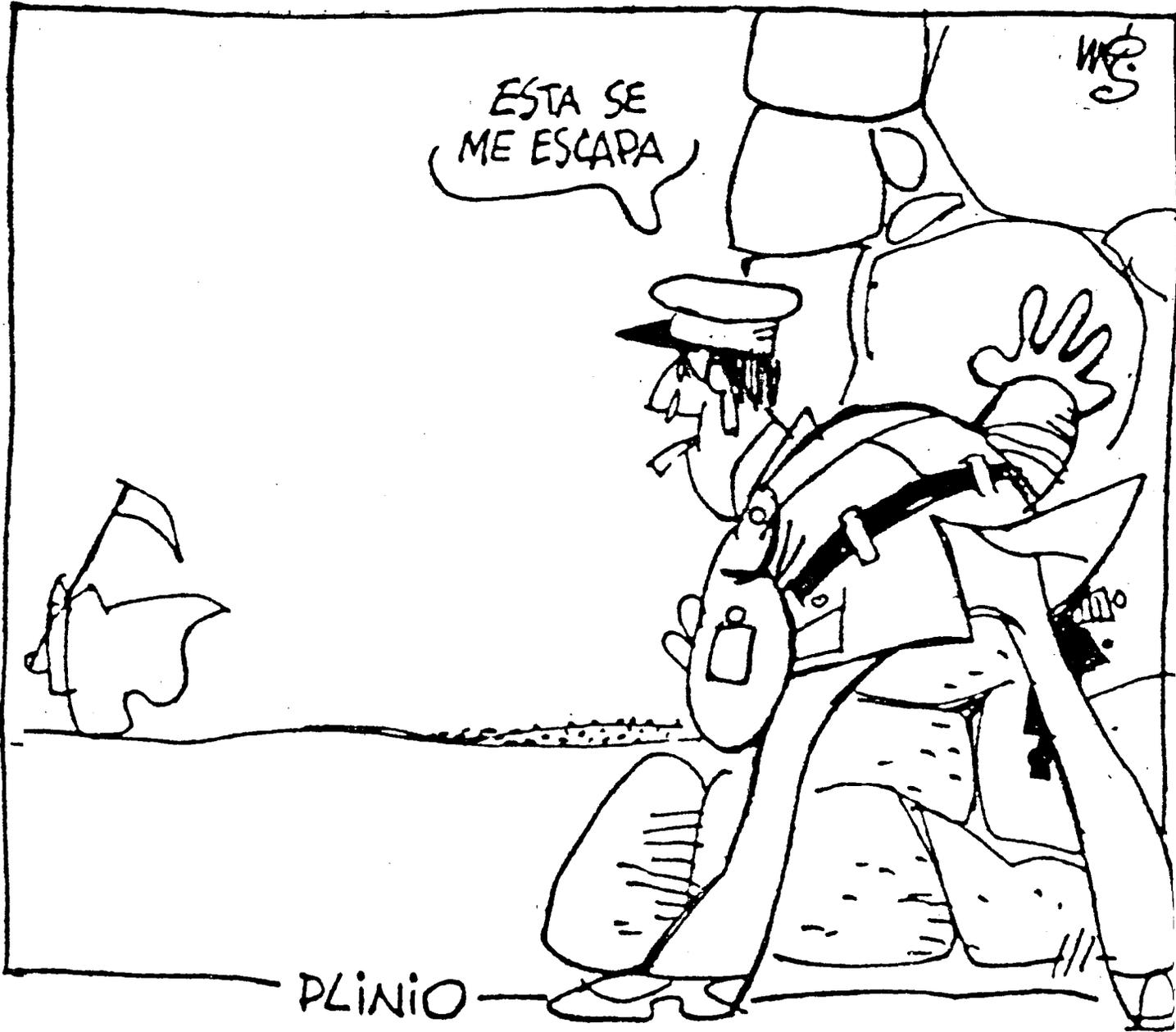
FRANCISCO JAVIER LOZANO DE CASTRO
Alcalde de Tomelloso

FRANCISCO GARCIA PAVON

A decorative border in an Art Nouveau style surrounds the text. It features a thick black line with elegant, flowing curves at the corners and midpoints. On the left and right sides, there are circular motifs resembling stylized leaves or shells, each with a central spiral and radiating lines. The overall design is symmetrical and highly decorative.

Hijo de Francisco e Isidora, vino al mundo en Tomelloso, el 24 de septiembre de 1919, en la casa número 11 de la calle de La Independencia. En su pueblo estudió el Bachillerato (1930-1936), y pasó la guerra civil. En Madrid se licenció en Filosofía y Letras (especialidad de Filología Románica, 1939-1943). Hizo el servicio militar en Oviedo (1944-1945). Trabajó como profesor en colegios privados en Madrid y Tomelloso. Se doctoró en Literatura en 1952, y dirigió la Biblioteca Municipal de Tomelloso, hasta que marchó a Madrid definitivamente (1956), donde dirigió una editorial, y obtuvo la Cátedra de Historia de la Literatura Dramática de la real Escuela Superior de Arte Dramático (1958). En 1970 se le nombró Hijo Predilecto de Tomelloso. En 1989 se le concedió la Medalla de Oro de Tomelloso.

Falleció el 18 de marzo de 1989 en Madrid.



Antonio Mingote en "ABC", 21-3-89

TEXTO INEDITO DE GARCIA PAVON

(Fragmento inicial de una novela inacabada)

Aquella mañana, Manuel González, alias Plinio, sin saber porqué se levantó una hora antes de la acostumbrada. Su casa estaba completamente callada. Ni siquiera se había despertado la Gregoria y en el brocal del pozo encalado picoteaba un pájaro gordísimo. Plinio, a la luz del sol, se miró el uniforme recién puesto y con paso decidido salió de su casa.

Estaban las calles solitarias y sólo se veían algunas personas cumplidoras. Con pasos desgana-dos, Plinio se fue hacia la plaza, cabeceando algún que otro vecino y en el ayuntamiento encon-tró a sus subalternos, los guardias municipales, bostezando, riéndose de cosas sin esperar que el jefe Plinio llegase tan temprano. Este pasó rápidamente a su despacho y los saludó sin hablar.

Ya en él, totalmente vacío y limpio, Plinio se encontró sin nada que hacer. Entraba el sol por los dos balconillos y se veía la sombra de los muebles en el suelo.

Dio, aburrido unos paseos con las manos atrás y se paró ante la ventana. Miró la plaza y sólo vio pasar un hombre en bicicleta, moviendo mucho la cintura, con la cabeza muy baja y cantan-do algo muy soso. Por fin abrió uno de los balcones con cara desanimada y miró hacia el Casino de San Fernando, que estaba cerrado todavía. Dio un paseo por su despacho tan solitario que ni siquiera le habían pasado el Lanza, el periódico de la provincia que algunos días, solían poner-lo muy bien.

Cansado de tanto aburrimiento, se dispuso a irse a tomar café al bar Alhambra, hasta que viniese don Lotario, y se fuesen los dos a tomar sus desayunos verdaderos a la buñolería de la Rocío, donde nunca faltaron, aunque se muriese el mismísimo alcalde... pero ya iba a salir del despacho, cuando llamaron a la puerta.

Dijo "adelante", pasaron dos hombres que él apenas conocía de vista con las boinas caídas y puestas, que demostraban estar muy poco acostumbrados a entrar en los despachos municipa-les. Prueba de ello es que los hombres, cuando entraron, quedaron callados, muy tímidos, con la cabeza inclinada y sin romper a decir.

— Buenos días, amigos, ¿qué se os tercia? les dijo Plinio, a ver si rompían.

— Pues casi ná respondió el más cejudo, pasándose la mano izquierda por la bragueta de pa-na... que hemos ido a dar un paseo por la estación vieja, vamos, ni nueva ni vieja, la única que hay, y nos hemos encontrado nada menos que con un muerto ya entrado en años.

— ¿Un muerto ya entrado en años, pues qué hacía allí?

— Pues qué quieres que hiciera, Manuel, lo que todos los muertos. Mudo total. Allí estaba, debajo de unos vagones de los tiempos de don Francisco Martínez, y no dirás que se mueve el pobrecico.

— ¿Y quién es?

— Dice la gente que Antonio Martínez, el Muñecas. Y digo que dicen, tu me entiendes, porque no le hemos podido ver bien la cara, que la tiene completamente pegada al suelo. Y hasta que no lo levante el señor juez, tu lo sabes mejor que nosotros, no es legal el ponerlo pecho arriba.

Plinio les hizo algunas preguntas más sin importancia, y les dijo que volviesen por el ayunta-miento dos horas después.

El hombre más chico le preguntó —¿yo también?—.

— ¿Lo has visto o no?

— Claro.

— Entonces sí. A la policía nos hacen más falta los que ven que los que sólo oyen.

— Ya Manuel, lo he entendido muy bien. Yo te lo he dicho por si acaso ¿tu me entiendes?, dabas alguna orden.

Pues no señor, ninguna. Ya está todo dicho. Los dos aquí, dentro de un par de horas.

Plinio solo y aburrido, se asomó al balcón de la plaza y vio, más allá de unos corrillos de emboinados, que el casino ya estaba abierto. Con rapidez, llamó por teléfono a Manolo Perona, para enterarse si había llegado don Lotario y si no, que enseguida que llegase que era donde primero iba por la mañana le dijese que viesese rápido al ayuntamiento.

— ¿Es que ha ocurrido algo, Manuel? le preguntó el camarero Manolo.

— No sabemos nada todavía —le dijo Plinio con aire discreto.

Antes de irse al bar Alhambra, prefirió Plinio esperar a don Lotario en la puerta del ayuntamiento. Por eso se plantó allí, mirando atentamente a la calle de la Independencia y no hacía caso de lo que comentaban los guardias.

Diez minutos después aparecía don Lotario. Plinio le hizo una señal para que se trajese el coche que lo tenía aparcado en la acera del casino de San Fernando.

Don Lotario, al ver a Plinio, nerviosísimo como siempre, se fue rápido hacia el coche. Dio la vuelta a la plaza, llegó junto al casino y se sentaron los dos amigos en el asiento delantero con las caras muy pegadas al parabrisas.

No cabía duda de que aquella mañana comenzaba a animarse al pueblo en el que solían aburrirse hasta los jugadores de bingo.

Plinio y don Lotario se animaban enseguida que había caso a la vista. Y claro, si el caso era un muerto, se morían de gusto.

En aquel momento, vieron que los del juzgado montaban en un taxi.

— A los puñeteros del juzgado les han aviaso antes que a nosotros.

— Como es de ley, Manuel.

— Como es de ley, pero no lo corriente en este pueblo, donde todos los paisanos tienen más querencia a los guardias municipales que a los señoritos del juzgado siempre tan enchaquetados y forasteros.

— Eso puedes decirlo. Aquí, siempre se aprecia más a los guardianes del ayuntamiento que a toda la justicia... sobre todo desde que tu eres el jefe de la G.M.T.

— Ya está usted con sus cosas.

— Con mis cosas y las de todo el pueblo. ¿Pero se puede saber que es lo que ha ocurrido?

— Es verdad, don Lotario que usted todavía no lo sabe. Que han encontrado muerto de un tiro en la nuca a Antonio Martínez, el Muñecas.

— No caigo quién es.

— Sí hombre, sí lo ha visto usted mil veces. Aquel que se libró de la guerra porque decía que era cojo, pero nadie le vio dar un mal paso.

— No caigo ahora, pero enseguida veremos.

Don Lotario abrió los ojos contentísimo y se frotó las manos con furia:

— Menos mal que hay un muerto que llevarse a la boca.

— Menos mal, sí señor, que nosotros también tenemos derecho a la vida. Plinio encendió un cigarro en señal de gusto y montados en el coche se lanzaron por la calle de la Feria, camino de la estación.

Llegaron, se apearon rápidos, y un corro de gente, que había allí cerca les dijo.

— Por lo que dice la gente, es Antonio Martínez, el Muñecas, nadie sabe como han podido matarlo así, dijo un hombre con pinta de ferroviario.

— ¿Cómo así? dijo, Plinio.

— Con un tiro en la nuca y tumbado boca abajo. Se ve que no se anduvieron con disimulos. Allí lo tienen “ustés”, junto al despacho antiguo.

Entraron en la estación seguidos de todo aquel personal que aguardaba en la puerta.

Plinio y don Lotario avanzaron hacia donde estaban los del juzgado, entre muchas caras mironas, en aquel momento, el forense le daba la vuelta al cadáver que tenía la cara completamente encaretada y la lengua fuera, como si la muerte diese asco.

— Esta sangre está completamente seca. Se ve que lleva mucho tiempo muerto, dijo don Lotario a Plinio en voz baja, para no opinar donde no lo llamaban. El juez hizo una observación parecida y después de un movimiento de cabeza que demostraba que no tenía la menor duda, dio la orden de que levantasen el cuerpo. Entre dos alguaciles, cogieron la camilla y la sacaron por la estrecha puerta de la estación.

— ¿Tú has conocido al Muñecas, Manuel?

— Estaba tan tinto en sangre, que me ha parecido él, más por lo que han dicho que por lo que vi. Algo parecido me ha ocurrido a mí. He conocido antes al que me contaron que al que llevaban.

Debajo del reloj de la estación, había cinco o seis curiosos que comentaban en voz baja los últimos incidentes. Plinio los miró con interés, intentado fijarse en ellos como acostumbraba.

Allí estaba Angel Ortega, diciendo cosas muy cargado de razón, Antonio Benavides, el más bacín del pueblo a la hora de contar muertos y desastres, Picocha y Gregorio el tartamudo...

Plinio, cogido del brazo de don Lotario, echó un vistazo a la vieja estación que unió Tomelloso con la línea general de Andalucía. Las viejas vías estaban ya oxidadas y entre ellas se veían papalajos y plantas secas. Solamente la parte más céntrica de la estación estaba ocupada por una máquina y coches que fueron abandonados.

Plinio y don Lotario pasearon un poco recordando nostálgicamente personas y episodios del pasado, marchaban con paso lentísimo, deteniéndose a cada poco.

— Hay que ver lo que luchó el pobre don Francisco Martínez para conseguir esta línea que hizo rico a Tomelloso. Ya nadie lo recuerda. Menos mal que su periódico, “El Obrero de Tomelloso” lo cuenta todo para quien quiera saberlo y no olvidarlo, dijo Plinio. Todavía lo recuerdo yo discutiendo con unos y con otros para convencerlos... ¿Se acuerda usted, cuando algunos decían que el paso del tren iba hacer temblar la tierra y estropear las viñas y sembrados cercanos a la vía?

— Ya lo creo que me acuerdo. Y los que peor hablaban del ferrocarril próximo, eran los arrieros que temían quedarse sin trabajo así que empezara a marchar el nuevo tren... y luego a la larga bueno no tanto que se inauguró en el año 1914 la multiplicación de los coches y los camiones hizo innecesaria la estación. Y de la noche a la mañana la cerraron y quedó como ahora, sin trenes ni viajeros.

— Cada tiempo tiene sus exigencias, dijo don Lotario. En el que vivimos, esta estación es tan innecesaria, como precisa lo era entonces.

Plinio y don Lotario fueron paseando hasta el antiguo muelle, hoy completamente abandonado. Subieron a él y echaron un vistazo a aquel lugar cubierto de cajones vacíos y trastos inservibles.

Plinio gesticulaba, como si viese cosas y personajes antiquísimos en aquellos lugares. Hablando de aquellos tiempos, descedieron los dos amigos y marcharon estación adelante hasta llegar a la finca de Mirasol, la que fue de don Francisco, en la que estrenó el tren y sus gozos y donde por aquellos tiempos, se dieron las mejores fiestas de la provincia. Aquellas fiestas que recordaban con los ojos en blanco algunas damas que todavía vivían, aunque ya estaban próximas al siglo.

— Estas bueno, Manuel.

— Qué quiere usted, don Lotario, así que me acuerdo del tiempo pasado pienso en las cosas que se vivieron tan intesamente y luego se las llevó el tiempo.

— ¡Y quién no!

— Pero vámonos de este pasado al muerto de hoy.

Fueron andando hacia la puerta de la estación, donde encima del reloj verde vivía el único matrimonio de ferroviarios jubilados. Se detuvieron en un momento.

— Ya nos vamos... hasta que aparezca otro muerto les dijo Plinio sonriendo debajo de la visera.

— Si quieren ustedes tomarse un chato.

— No, ya es muy tarde. Nos veremos estos días dijo Plinio.

Y salieron por la antigua salita de espera, ahora oscura total.

Plinio y don Lotario respiraron a gusto como si salieran del pasado, liaron dos cigarrillos negros y miraron a los paseos de la estación solitarios y anochecidos por los que dieron tantos paseos en su juventud.

Bien sentados en el coche de don Lotario y avanzando lentamente por la carretera de la estación, después de unos minutos de silencio, volvieron a hablar del caso.

— Qué raro es este pueblo, al menos que yo recuerde, nunca han matado de manera tan profesional —dijo Plinio.

— No sé qué quires decir, Manuel.

— De manera tan estudiada quiero decir. Aquí las pocas veces que matan lo hacen a tontas y a locas. No dando un tiro de pistola en la nuca y sin que se entere nadie.

— Ya. Entonces qué hacemos, Manuel.

— A ver qué vamos a hacer, al casino como siempre.

Marcharon con el coche, despacio para no atropellar a tanto paseante como había a aquellas horas por la calle de la Feria, y aparcaron el coche, como siempre, junto al ayuntamiento. Cruzaron a paso muy lentorro hasta el casino de San Fernando. Entraron y cogieron su sitio de todos los días.

A Plinio no le gustaba hacer aguas en el “área de servicios” del casino porque quedaba en el sótano y con las escaleras muy pinas.





Si el rayo que le daba no era muy fuerte, prefería cruzar la plaza hasta los urinarios del ayuntamiento, que estaban a ras de suelo, y eran más inodoros y menos colilleros que los del casino. No porque allí oliesen menos los chorros amarillos, sino porque en el ayuntamiento había menos clientela y pitorrería. Pero aquel día la próstata le dio un codazo tan severo que sin dudarlo se dirigió a la del San Ferndando. Bien agarrado al pasamanos con la mano derecha, y con la izquierda en el bolsillo del pantalón para mantenerse sin goteo hasta el desbraguete, entró en los tabiques del blanco higiénico, y respirando con tanto placer como se desahogaba, empezó la meada por el pitorro, ya reverencioso, del botijo policial de su cuerpo.

Luego, Plinio y don Lotario, sentados en el sofá de siempre y después de tomarse una caña, comenzaron a hablar de las cosas pequeñas de la vida. Plinio mirando al techo del casino y echando la humareda hacia él, dijo de pronto:

— Usted ha pensado, don Lotario, que sólo me quedan tres años para la jubilación.

— Claro que lo he pensado, y lo tengo olvidado.

— Tres años, nada más, ¿y qué hago yo luego?, pues porque me quiten el uniforme, no voy a quedarme en casa con los brazos cruzados.

— ¿Quién te ha dicho tal cosa, Manuel? Con tu uniforme o sin él, continuarás siendo el primer policía de este pueblo.

— ¡Ah!, eso por supuesto, ya que lo dice usted. Sin alcalde, sin uniforme, sin órdenes y contraórdenes, pero yo tendré bajo la pestaña a todo el que se mueva en este pueblo, si es que se mueve alguno.

— Ya verás como descubriremos más crímenes que nunca.

— Eso lo veo difícil, porque aquí hay menos crímenes que rayos.

Y lo dices esta tarde, precisamente, en la que han dado un tiro en la nuca al Muñecas.

— Lo de hoy es una cosa muy rara. En Tomelloso ni un muerto por año... antes se suicidaba la gente. Había épocas con verdaderas epidemias de suicidios, pero ahora ni eso. La sociedad de consumo ha consumido las muertes, pero siempre, Manuel, hay que bacinear y averiguar las vidas y muertes.

— Eso sí.

Se tomaron las cervezas, hablaron un largo rato y Plinio, después de bostezar dos o tres veces y de mirar el reloj, le dijo a don Lotario: ya han pasado dos horas; yo creo que ya se habrá acostumbrado la mujer del Muñecas a la desgracia y podrá contestarnos con cierta tranquilidad.

Plinio y don Lotario salieron camino del coche como siempre. Pero Plinio se paró un momento: don Lotario, la familia del Muñecas vive muy cerca y no crea que sea cosa de autear otra vez. Vamos a estirar las piernas aunque sea para abajo.

— Sí, hombre, sí, no faltaba más.

Al llegar a la casa del Muñecas, vieron a la gente que salía y entraba.

— Todavía dura el visiteo. —Dijo don Lotario—.

— Pues es igual, que lo suspendan, que venimos nosotros.

Se estiraron bien el uniforme y llamaron decididos. La mujer del Muñecas se veía que lloraba ya por repetición. Tenía el pañuelo empapado y los ojos colarados. Plinio y don Lotario, después de saludarla, pasaron a una cocina, solos con ella. Se sentaron en unas sillas.

— Ustedes dirán lo que quieren.

— No queremos nada en concreto. Venimos a que nos diga usted algo de las relaciones de su marido, que en paz descansa, con el asesino.

— ¿Quiere usted decir sus relaciones con el que lo ha matado? Pues ni pijotera idea. No sé quien es.

— ¿Pero su marido acostumbraba a pasear por la estación solitaria?

— ¡Que va! Alguna vez que otra daba una vuelta por allí solo. El de joven había sido ferroviario y tenía mucha querencia a los trenes.

— ¿Y solía ir acompañado de alguien?

— Unas veces sí y otras no. Vamos según decía él. Porque nunca lo ví paseando por los railes.

— ¿Entonces no sabe usted si esta tarde fue sólo o con alguien?

— No, no señor. —Dijo echando una lágrima nueva.

— ¿El temía que le pasase algo así?

— El, jubilado y ¡sin cuartos!, ¡qué iba a temer!... y luego fíjese usted las cosas, entre los papeles del bolsillo, le han encontrado quinientas pesetas que sacó para pagar algunas cosillas. De modo que de dinero, nada. Lo han matado por otra cosa. Por algo personal.

Plinio y don Lotario, después de hablar unas palabras más con la viuda, salieron calle de la Cruz Verde abajo.

Volvieron al casino, a aquellas horas lleno de boínas y humo, y nada más entrar, les dijo Manolo Perona que, “aquel hombre muy colorado”, que estaba solo en una mesa, los estaba esperando. Ya venía el hombre colorado hacia ellos.

Plinio lo miró despacio y puso cara de no conocerlo.

— Oye, Plinio dijo el hombre colorado te quería decir, como supongo que estarás con las averiguaciones, que yo nunca vi al Muñecas, con uno que tuviese pinta de asesino. Todos los que solían ir con él eran gentes de buen natural.

— ¿Entonces que me tenías que decir? —le prengutó Plinio con cara de mucha risa.

— Nada más que eso.

Ya decía yo que iba a ser un discurso muy largo.

Y sonriendo, Plinio y don Lotario se apartaron de aquel secretero.

— La gente es que no pierde ocasión de hablar.

— Apréndelo Manuel, el hablar es el mayor vicio que tenemos.

Se sentaron junto al velador de siempre, pidiendo las dos cañas de aquellas horas y mientras bebían, entre trago y trago, le dijo don Lotario a Plinio:

— Aunque disimules, Manuel, te encuentro preocupado por este caso.

— ¡Hombre don Lotario, cómo no voy a estarlo! Ya se lo he dicho a usted, matar a un hombre así, tan limpiamente, tan a propósito, como no va a extrañar a Tomelloso. Llevarían ya media hora tomando las cervezas, cuando Hermenegildo Serrano, mirando al suelo como siempre con las narices muy estiradas, propias del que huele todo lo que ve, se acercó a ellos.

— Buenas tardes, Manuel y la compañía, ¿me puedo sentar con ustedes un momentico?

— Lo que tu quieras.

— Es que os he visto aquí tan sentados, que he dicho, pues esta no la dejo escapar.

— ¿El que no dejas escapar?

— Lo que te voy a decir ahora mismo. Que no me ha extrañado nada, aunque parezca mentira, lo que has encontrado en la Estación.

— ¿Nada, nada, nada?

— Pero que nada. Me esperaba una cosa así tarde o temprano... todas las cosas se pagan y las de la guerra más.

— ¡Ah sí!, ¿pues qué tuvo que ver el Muñecas con la guerra? Si cuando empezó debía tener diez o doce años, no más.

— Que te crees tú eso. Era dos o tres quintas más viejo que yo. Tiene lo menos sesenta años. Esto te lo puedo asegurar. En este mismo local donde estamos, que pusieron la Falange, nada más acabar la guerra, yo lo vi salir muchas veces, hecho un mocetón, con una camisa azul de entonces y una gorra muy chula.

— ¿Lo viste salir y entrar?

— Se contaba con él intervino en muchos de los “paseos” que dieron entonces. ¿Te parece poco?

— Entonces, ¿es que tú sabes, que quien lo mató fue un rojo?

— Pues, ¿quién va a ser?, —¿estás seguro? —¿Sí no sé quién va a ser?, dímelo.

Es verdad que todavía quedan recuerdos de la guerra. Pero no tantos como pensáis algunos... las cosas se olvidan pronto y la guerra hace ya muchos años que pasó. ¿No tienes otra idea más clara?

Hermenegildo movió la cabeza negativamente con gesto distraído.

Bueno, Hermenegildo, pues cuando sepas algo más preciso, vienes y nos tomamos un chato.

Hermenegildo quedó como si estuviera pensando algo, dijo sí con la cabeza y se marchó oliendo el suelo como solía.

Plinio y don Lotario siguieron tomando la cerveza y un ratillo más después dos mujeres entraron muy talendas.

— ¡Qué casualidad, Plinio y don Lotario aquí!

— Eso, una casualidad de hace cincuenta años —exclamó Plinio— con su cara risueña.

— Es que al pasar os hemos visto, y hemos dicho, pues vamos a “decírselo”.

— ¿El qué?

— Pero ¿tú no sabes, Manuel, —dijo con cara muy confidente— que un hijo del Muñecas, tuvo un crío de desuido con la Manuela?

— No, no lo sabía, pero no creo que eso tenga nada que ver con lo que preocupa aquí esta noche.

— ¿Con que no, eh? —dijo la más vieja— cruzando los brazos. Pues si no es motivo ese, el que te tengan un nieto a traición, tú me dirás cual es.

— ¿Y tú tienes pruebas de que el Muñecas reaccionó en ese momento?

— Yo no sé nada fijo.

— ¿Entonces?

— Me lo figuro.

— ¡Ah!, te lo figuras. Bueno, pues nada, cuando sepas algo concreto, vente por aquí que estamos todas las tardes, me lo dices, y además nos tomamos una cerveza.

Las dos mujeres se miraron sin saber qué decir, encogieron los hombros y se marcharon hablando entre ellas: “encima que viene una a hacer un favor, mire usted como la reciben”.

— Muy discretamente... no cree usted don Lotario que las causas que dicen para descubrir el crimen son tonterías.

— Ya sabes, son cosas de aquí. A mí el otro día, me paró una para preguntarme si tenía pañuelo, que llevaba las narices muy coloradas. Al fin y al cabo son cosas de la vida, no tonterías.

— Sí, pero si da la casualidad que muero esa noche, la misma tía dice al enterarse: “ya me parecía a mí anoche que tenía las narices muy coloradas”.

— Claro, la gente es muy aficionada a hacerse la lista. A saber lo que va a ocurrir... el día que estalló la guerra, me dijo a mí el Batuecas “ya me extrañó a mí no ver anoche sentado en su puerta al Jeremías. El jefe de los socialistas”.

— ¡Qué cosas tiene usted, don Lotario!

— ¿Qué hay, que se os tercia?

— Nada, estábamos hablando del muerto, al veros se nos ha ocurrido llamaros a ver si había algo nuevo.

— Hola Ramón —dijo Plinio—. No te había conocido en la oscuridad.

— Pues si no hay nada nuevo, os vamos a decir una cosa que nosotros sabemos y es que el Muñecas, hace mucho tiempo que decía a todo el mundo que se iba a suicidar.

— ¿Ah sí? Pues él no llevaba en el bolsillo ninguna pistola, ni la había alrededor, —dijo Plinio—.

Pudo habérsela llevado alguno que pasó por allí antes que vosotros. Sobre todo si la pistola era de buen ver. —Contestó Ramón—.

— No creo que el Muñecas tuviese una pistola de mucho lucimiento —dijo don Lotario escépticamente, al tiempo que miraba el chisporroteo de su cigarro.

— Pues parece, don Lotario, que el Muñecas, tenía últimamente, vamos desde que pensaba en el suicidio, una pistola muy hermosa y algunas veces lo vieron tirando con ella al blanco, en la finquilla que tiene junto a la casa del Aire.

— Su mujer sabrá muy bien si llevaba ahora una pistola nueva —dijo Ramón—.

— ¿Se lo has preguntao?

— No, contestó Plinio. Pero ella habría dicho algo de la pistola, al hablar de eso ¡digo yo! Desde luego parece natural. De todas formas nos acercaremos a preguntárselo. ¿Y quién os ha dicho a vosotros lo de la pistola del Muñecas?

— El otro día estaba comentárselo en el bar Alhambra a unos cuantos amigos suyos. Por lo visto le ha costado un dineral y se la habían traído de Albacete.

— Ya, ya. Pues no dijo ni pun de la famosa pistola. ¿Os acordáis quién fue ese amigo que habló de ella?

— Claro que me acuerdo —dijo de manera dubitosa Ramón—.

— Bueno pues avísale a ese amigo y dile que venga a hablar conmigo.

Adiós compañeros.

— Que es así, Manuel, las cosas cuanto más bobas, más humanas.

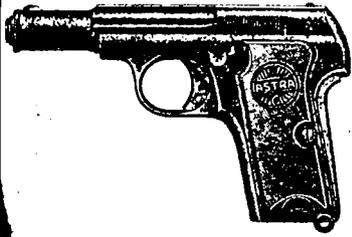
Plinio y don Lotario, cansados de mirar las nuca y orejas que ya conocían, salieron a dar un paseo antes de la cena, calle de la Feria adelante hasta el paseo de la Estación, mirándose las sombras que en el suelo proyectaban sus cuerpos.

Desde una de las aceras, de pronto los llamaron.

— ¡Eh, Plinio y don Lotario, vengan para acá un momento!

Los dos amigos después de reconocer a quienes los llamaban se acercaron lentamente. Allí, junto a la puerta, casi en la oscuridad había cuatro hombres hablando.

FRANCISCO GARCIA PAVON



Armas de Fuego
Nacionales y Extranjeras
CARTUCHOS
Efectos de Caza y Pesca

Angel Soubriet

Plaza de la República, 6
TOMELLOSO

ESCOPEAS A PLAZOS
DESDE 15 PESETAS MENSUALES



— ABRIL —

L	M	M	J	V	S	D
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28



A "Puri" y Sonia
Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronzo. El 1990

YA NO ES AYER

Carta abierta y vana a Francisco García Pavón

Te acuerdas? En el año de gracia de 1941, en los primeros días de un octubre soleado y tristísimo, en el Madrid apacible de entonces —frío de aires del Guadarrama, puro de cielos altos, chirriante de tranvías envejecidos, sombrío de pan de estraperlo en las bocas del Metro, fingidamente luminoso del Capitol a Chicote— desembarcó sobre la carbonilla de los andenes de Príncipe Pío este tu amigo: estudiantillo gafudo, pálido y menudo, incapaz de manejar con brío el maletón de fibra en que a presión se albergaban sus mudas, sus saberes y un par de hogazas para obviar el régimen dietético impuesto por el racionamiento y la parsimonia hospederil. Iba, como tantos otros, a introducirse en el (visto desde provincias) bullicioso tráfago mundano de la ex Corte, y a aprender las lecciones de los sabios maestros de la Central. Llegaba con un cargamento ingrávido de ilusiones, de sabidurías librescas y, a la vez, con la nostalgia de abandonar las tierras durienses en que había descubierto la vida, entre ardorosos y ocres estíos y grises y escarchados inviernos.

Sintió la soledad de la inmensa y ajena compañía de la urbe. Y en su aislamiento inicial, mientras disponía sus cosas en el ascético cuarto de la pensión y se adaptaba a la rutina rígida de sus horarios, se dedicó hasta que empezasen las clases a patear la ciudad y a seguir leyendo en las bibliotecas. Era grato, tras el parvo condumio, deslizarse al solecillo membrillero y dorado por el Prado hasta el Hipódromo, o remontar suavemente hasta el Retiro y contemplar el lento y cobrizo deshoje de los árboles mientras la atardecida dejaba penetrar una fría y nítida luz casi invernal que destacaba, en el aire limpio y azulado, las ramas desnudas y recias. Era también grato reducirse al silencio de Medinaceli, 4, o del Ateneo, y descubrir libros, tomar notas y observar de reojo de calor y luminosidad en el torvo conjunto de encarnizados opositores, o aspirantes a lo mismo, que —barba morena y cerrada— encorvaban oscuramente su desastroso torso sobre folios más o menos lúgubres.

Allí, entre la densa caterva, descubrió a otro asiduo, de parejas ocupaciones, pero que descollaba como pájaro raro y casi exótico. Rubio, delgadillo, con camisa y corbata a la última, y también había desembocado, sin duda, en la gran ciudad con análogas apetencias y semejantes ensoñaciones. Sin embargo, su ritmo y su atuendo chocaban en tal ambiente. Llegaba, muy despacio, hurgababa y mesaba con sosiego las papeletas de los ficheros, cubría su petición, recogía su libro y se ponía plácidamente a la mesa a hojearlo. Leía y de cuando en cuando elevaba su clara mirada azul a las nubes o a la circunstancia. Parecía que estaba allí pasando el rato, sumido en misteriosas recordaciones o persiguiendo imaginativos enigmas, oteando en torno como lejano y a la vez con mansa agudeza penetrante. ¿Qué hacía allí tan impasible y atento observador?

Volví a encontrarlo pocos días después, antes de la clase de latín en los tétricos claustros de San Bernardo, mortecinos de luces y compactos de penumbra. El estudiante rubio venía de La Mancha vinosa y lagunera, y ya llevaba dos cursos de aclimatación madrileña. Se lamentaba de que la carrera no consistiese sólo en leer y comentar textos literarios en aprender con rigor fechas de nacimientos y muertes, pelos de los clásicos y en tener que dar cuenta de si fueron o pretendieron ir a las Indias, de si hicieron o no votos eclesiásticos, de si los persiguió la Inquisición, de si tuvieron o no hijos naturales, de si los protegió o no algún magnate, de si enviaron o atacaron algún coetáneo o fueron envidiados o atacados por alguno de éstos, y demás copiosos y precisos datos que constaban en el «Juanito». También se quejaba de que para ser licenciado en la «cosa literaria» hubiese que transcribir fonéticamente los textos y conocer las perturbaciones que producía la «yod» en la evolución de los sonidos o las complicadas vicisitudes que sufrió el latín en Cerdeña, en Rumanía o en los Grisones. Y se acuitaba preguntándose por qué Dámaso Alonso —tiza en ristre, tornasol en la calva y subrepticia la galaica sonrisa de reojo y comisuras— explicaba infatigable esas cuestiones tan frías y agraces en lugar de comentar compactos sonetos de Quevedo, correnteras églogas de Garcilaso o Contundentes odas de Fray Luis, y las prosas tan sabrosas del *Lazarillo* o de Cervantes. Patente estaba la vocación literaria del estudiante rubio. Este eras tú. Yo era el otro.

Han transcurrido los años. Y muchos libros —cuentos, novelas, artículos— y muchos premios y honores han confirmado aquellos augurios. Eras un narrador nato.

Pero también los años, entre delicias y calamidades, con sus muchos millones de minutos, tendidos o lentorros, crudos o dulces, te han traído, impertérritos, «el último sábado». ¡Qué diferente al de Julián Quiralte!

De pronto «empezaron a alejarse las figuras», «entre una niebla rojiza», y acaso pensaste: «Este es». Y no te habrá extrañado, porque toda la vida ha estado pensando en lo mismo, desde pequeño, sentado junto a su madre en tu butaquita de mimbre, «tan serio, tan fijo en las incomprensibles caras de las gentes, en las increíbles caras de las gentes, en las increíbles formas de las cosas».

Así también, durante meses, cuando te veía desmalazado en la poltrona de tu recoleto gabinete, remota la mirada y vaga la sonrisa leve, me he preguntado en qué pensabas, qué esperabas en tu melancólica serenidad silenciosa. Y cuando luego —el ánimo turbio y el humor ahogado— bajaba yo las amplias, añosas y crujientes escaleras de tu casa, sabía bien que estabas rebinando tantos hechos y momentos que brillaron rutilantes y efímeros y se apagaban ahora en suave y ligera ceniza que dispersaría la sutil brisa de la nada.

Y ya ha llegado «esto», amigo, lo que pensaste sin aspavientos, indiferente y casi con voluntad placentera, «porque de verdad, de verdad, que morir es juntarse eternamente con quienes no quisieron y quisimos de verdad, en esta vida tan corta, asomadero y ventanal de sonrisas y seriedades, de amores y desengaños, de bellezas y horripilancias».

En fin, amigo, no sé qué más decirte desde este bajo polo. Confío en que, lejos ya del terreno cerco, estarás «en la plena luz», esa «luz silenciosa, amortiguada, sin procedencia», que soñaste y en la que te sentirás «libre, con una extraña libertad, con una libertad absoluta», en «un prado como ninguno», envuelto en la única sonrisa.

EMILIO ALARCOS LLORACH

REQUIEM POR FRANCISCO GARCIA PAVON



Como un niño recuenta sucedidos y oraciones antiguas,
Un niño de la Calle Dulcinea, ¡perdido en el tiempo!,
que ve pasar el llanto de las cosas en sus carros agrícolas
a qué panes de Dios, a qué asombrados cálices temblantes,
así, despacio, ahora contaríamos tus palabras vernáculas,
tus crujientes vocablos como hogazas que a los campos se llevan
en la barja y el hato redentores por el sol sin delínees
los gañanes solemnes, hombres de Tomelloso por más señas.

Rituales iríamos al Casino con la lluvia en la boina,
un poco más cargados de tristeza nuestros hombros de adobe.
Oh este breve esqueleto que venta como un perro la muerte.
Aquel perrillo escuálido y difícil, pariente de las nubes,
que en la calle de Martos hace años tuviera López Torres.
Y tú no estás. Te has ido a las distancias suplicando más luz.

Igual que una mujer riega la puerta de su casa y se echa
los cabellos atrás mientras pregunta por quién gimen los bronce
de las resurrecciones, así vamos de luto entre tus libros
pedernales llamándonos. Ah Eladio Cabañero, Félix Grande,
hoy todo el personal de Tomelloso sostiene la llanura.
Tristeán las campanas de la Iglesia sentimientos comunes.
Sentir es detenerse a darte el unto de la persignación.
Vuelco mis oraciones en tus ojos para ver si aún sonríes,
para advertir si laten tus palabras bajo el sol de tu pecho.

Coloco tus palabras ardorosas delante de mi púlpito.
Proviene las palabras de profundas y antiguas emociones.
Jamás una palabra da la espalda al petril de los templos.
Ah lo sagrado, hijos de esta anchura abarcadora y múltiple.

Aquel que escribe espera adelantarse al momento final,
esa hora postrera en que se aclaran el silencio y las lágrimas.
Nadie puede marcharse todavía mientras quede un poquito
de resplandor, hermano, en cada frase que el dolor no traduce.



El cielo se arrodilla entre las mieses dirigiendo los surcos.
La vida a quien escribe le madura limosneras espigas.
Vuelves a Tomelloso y su misterio sin que nadie lo advierta.
Sin que te diga: "Paco, buenos días" ni aun Manolo Perona.
Ni Pepe Pérez salga hasta la Plaza para poder mirarte
destrenzando vencejos con tus ojos tímidamente azules,
como un inglés escarba alucinado el temblor de esta arcilla
extranjera del cierzo, el temporal que apenas si remite
bajo los soportales. Dónde extravió aquel ciego sus violines
o quién, desorientado, escucha ahora tus voces arrecías.

Con toquillones negros las Sabinas le rezan a las ánimas.
Tremendamente serio y de uniforme se ha sentado en la acera
desconsolado un guardia, o viene don Lotario a ver qué ocurre.
Se ha vuelto Tomelloso más sonámbulo desde que tú no estás.
Desde que tú no estás en Tomelloso todo el pueblo está ausente.
Quién le dirá a La Mancha los puntos cardinales del paisaje.
Cualquiera de tus libros bastaría para estar donde estamos.

Antoñito, el pintor, cruza en el fondo de sus cuadros historias
de aparecidos. Pueblos como éste no existirán, no crecen
sino en las viejas fábulas febriles que buscan tu retrato.
Aquel que busca halla el sentimiento de la especie aterida.
Ah no busquéis ya más sino en la luz, porque la luz es ancha
en esta tierra nuestra que no tiene donde apoyarse un poco.

Como los monaguillos de la iglesia de los Angeles, Paco,
desenredan la luz de las vidrieras para ver qué hay detrás,
así, como ese lento saboreo que celan los manchegos en su boca,
destapamos la paz de tu escritura para ver más a Dios.
Como si fuese cierto que la tierra se te pegase al hueso.
Te pegase la herida a las junturas de tu espíritu pronto.
Hay que llamarse hermanos si queremos que el corazón nos cuide.

Paisano, cicatriza el sacramento de tus nobles encías.
Un escritor es siempre aquel vidente que persigue la tribu,
o va por agua al pozo y nunca encuentra sino la sed. Tú, Paco,
deletreas la luz en tus palabras como samaritanas
vendimiadoras. Hijo, qué más quieres para poder salvarte.

Ibas tú por el pueblo paso a paso oteando las nubes,
como va el aguador sin anguarina por la Calle del Charco
ensimismado, en él, hijo del hombre mendigando esperanza,
ese pequeño báculo que aguanta nuestro pordioserío.
El que pone en su boca una palabra es porque anhela amor.

Igual que un lazarillo rubio y frágil te sostuviese Sonia.
La otra Sonia te miraba sopesando barbechos.
Tú nos miras a todos todavía socarrón y glorioso.
En paz descansas, hombre, tan temprano para llegar aún antes.

VALENTIN ARTEAGA







L. Ferris Rodríguez

Retrato de G. Ferris
inventor

19 - Mayo - 87

ADIOS

Conozco Tomelloso porque García Pavón me arrancó cariñosamente, hace muchos años, de mi habitual condición sedentaria para llevarme a dar en su ciudad una conferencia. Conozco a Eladio Cabañero porque Paco me hizo llegar su primer libro. Los primeros elogios y noticias que me alcanzaron de los pintores Carretero y Antonio López, a él se los debí. En mi visita de accidental conferenciante me llevó de paseo hasta las lindes de la cercana llanura y me informó de que había visto allí en su infancia, como otros niños del lugar, espejismos; lo que me ha hecho pensar más de una vez, y aun escribir, si el proio Cervantes no habría visto otros parecidos en el horizonte manchego —como Don Quijote— y si ello no le habría suscitado la ideación de los perfiles esenciales de su inmortal hidalgo. Con un pie en Madrid, pero el otro siempre en Tomelloso, era Paco enlace vivo entre la rural realidad que lo nutría y el entero panorama del mundo: quizá el modo más auténtico de universalidad para un escritor. Los frutos que ese enlace reportó bien patentes se hallan en sus numerosos libros; y no sólo en la encantadora saga del policía Plinio, que propende a ser lo más superficialmente recordado de sus ficciones, sino en sus *Cuentos de mamá*, en los *Cuentos republicanos*, en *Los liberales*, en esa atrevida y creativa narración llamada *La guerra de los 2000 años...* Sabrosos y verdaderos como el pan candeal, abundan en tales relatos, como asimismo en los del cazurro y sagaz policía tomellosense, páginas de magistral lenguaje y certera descripción. Pues Paco era, a su modo desenfadado y nada proclive a correctas exquisiteces, todo un estilista. Nunca dejó de fecundarle el ejemplo de algunas novelas picarescas y del estilista igualmente desenfadado que fuera Cervantes, atenido en su tiempo, como García Pavón en el nuestro, a la revelación poética de las prosaicas realidades populares tan caras a ambos. Todo lo cual pertenece ya a la historia de nuestra literatura.

Y el recuerdo de Paco, ¿a quién pertenece? A su dolorida familia, desde luego, a su ciudad natal, entrañablemente, pues amor con amor se paga. Pero también a quienes fuimos sus amigos; a los que, casi hombro con hombro, hubimos de vivir con él nuestras respectivas aventuras literarias.

Lo conocí hacia 1947 en la memorable tertulia del Café Lisboa, semillero de quienes serían ilustres filólogos y de más de un Premio Nadal posterior, incluido el de García Pavón.

Paco era entonces un jovencísimo escritor, finalista ya poco antes de ese mismo premio por su inicial novela *Cerca de Oviedo*, nos leía fragmentos de otra narración suya tituada *La Sabina* o cuentos de más reciente elaboración. Inolvidable, aquella tertulia de los sábados, catacumba de artistas jóvenes en una España difícil. En ella escuché sus primeros relatos y más tarde leí sus primeros libros; asistió él a mis estrenos iniciales.

Más de cuarenta años de amistad y de seguimiento mutuo han pasado. Y un día le ataca el mal que le atenaza largamente y otro día se nos muere. Y uno piensa que, al morir un amigo y compañero de dilatadas pugnas literarias, los que quedamos también nos morimos un poco. Su desaparición nos augura la que nos aguarda; el envejecimiento y decadencia que hemos presenciado nos corroboran que también estamos asistiendo a los nuestros. Ya con su enfermedad encima díjome una vez: “¡Coño! Tengo todo el pelo gris y tú, más viejo que yo, aún lo tienes oscuro”. —“Caprichos de la fisiología”, le contesté íntimamente compadecido, pues comprendí que tales cotejos no procedían de su coquetería —algo coqueto sí era, como casi todos— y escondían justa amargura por su prematuro decaer. Conducido por su hija al no poder caminar con seguridad, procuraba aferrarse a su contorno y no solía faltar a la tertulia del Gijón, donde la creciente dificultad de su habla le forzaba a escuchar más que a intervenir. Ya no era, no, aquel vital rubianco del Lisboa; ni siquiera el afamado escritor que, no muchos años antes de su claudicación física, había emprendido lleno de energía un viaje a los Estados Unidos con mi esposa y conmigo. El mozo y el hombre maduro de antaño eran sólo pálidos recuerdos, en nuestra memoria y seguramente en la suya propia. Terminó por recluirse en su casa, intentando todavía llenar cuartillas.

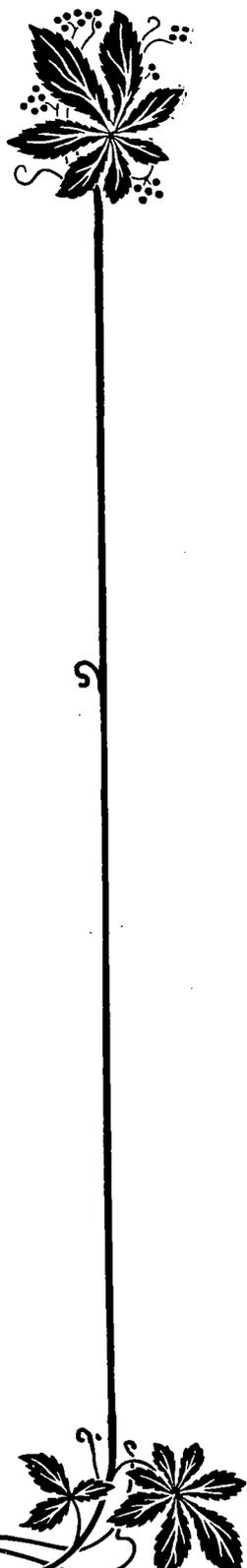
Ante ese irremediable y largo silencio suyo, hoy ya definitivo, únicamente queda —nos queda— la voz que sigue hablando en tantas páginas. No es mal consuelo; si se nos arrebatara la vida y en su ocaso se nos regala la tristeza de parecer, queda la conciencia de haber laborado sin desfallecimiento. Paco García Pavón no ha vivido en vano: ahí están sus personajes, sus tipos, su idioma, y por ellos resucitará una y otra vez para sus lectores. Gracias por tus libros, Paco, y adiós.

ANTONIO BUERO VALLEJO



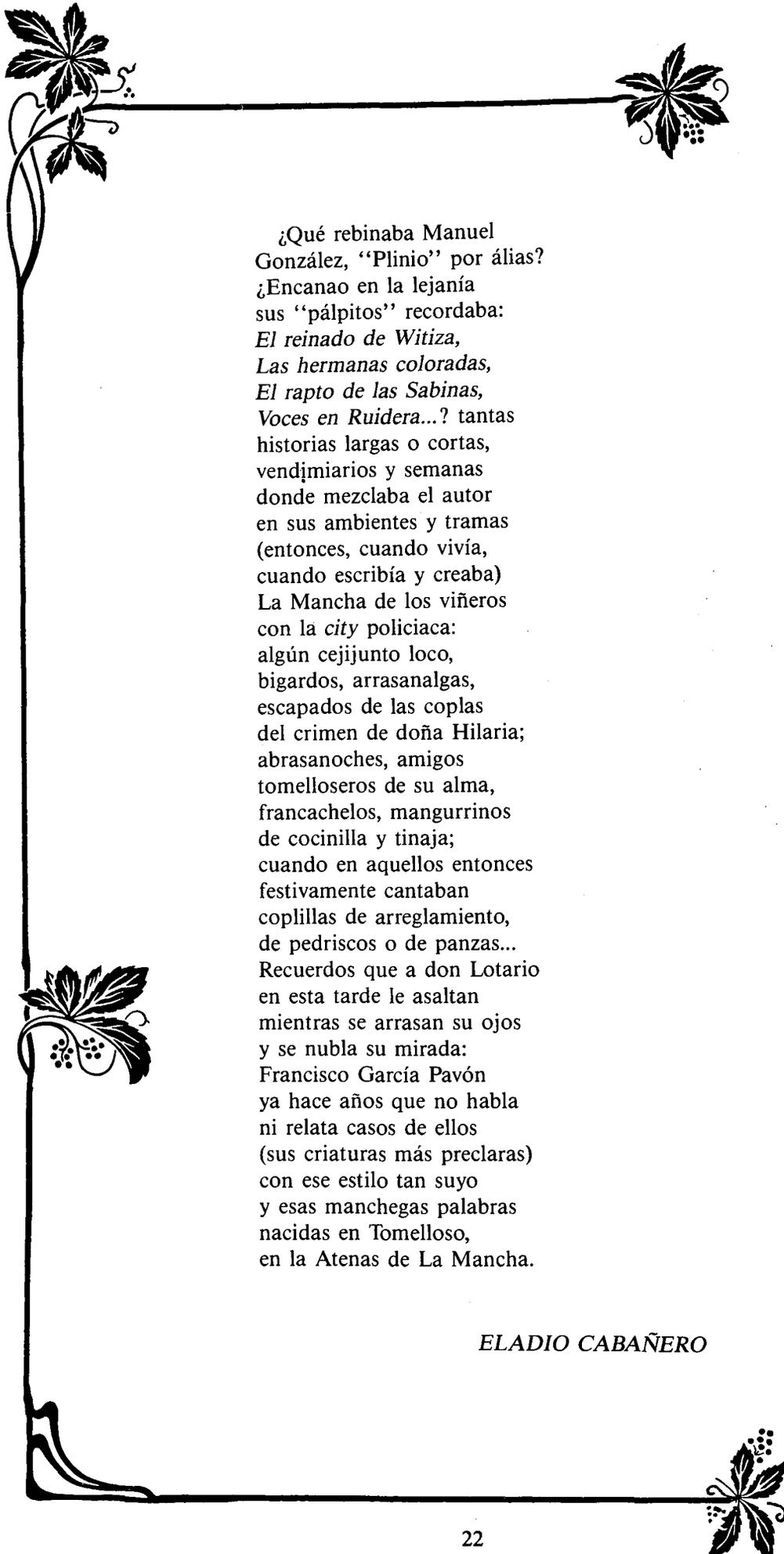
ROMANCE DE DON LOTARIO

(Homenaje al novelista Francisco García Pavón)



La tarde allá en Tomelloso
lentamente declinaba;
tarde muy grande en sus campos
y muy pequeña en su plaza.
A solas, por los atrasos
del pueblo, los dos estaban:
delante viñas y viñas,
detrás un fanal de casas.
Plinio mira el horizonte
más allá de su distancia,
con ojos entrecerrados,
ensimismado en su raya.
A su lado don Lotario
tiernamente le observaba
sin osar interrumpir
al policía de La Mancha.
Han resuelto tantos casos
cuando pantaloneaban
la plaza en noria, de acera
acera rodeada,
(las manos por donde pierde
su honesto nombre la espalda);
ventilando sus asuntos
por esas calles tan largas,
ojo avizor recorriendo
bodegas, cercaos y fábricas,
por donde el pueblo hacía esconce
y el barrio del “flit” se holgaba,
las eras, los cuartillejos,
las quinterías y sus hazas...
o viajando a Madrid
en el *seilla* de marras
en comisión de servicio,
que hasta allí llegó su fama.





¿Qué rebinaba Manuel
González, “Plinio” por álias?
¿Encanao en la lejanía
sus “pálpitos” recordaba:
El reinado de Witiza,
Las hermanas coloradas,
El rapto de las Sabinas,
Voces en Ruidera...? tantas
historias largas o cortas,
vendimiarios y semanas
donde mezclaba el autor
en sus ambientes y tramas
(entonces, cuando vivía,
cuando escribía y creaba)
La Mancha de los viñeros
con la *city* policiaca:
algún cejijunto loco,
bigardos, arrasanalgas,
escapados de las coplas
del crimen de doña Hilaria;
abrasanoches, amigos
tomelloseros de su alma,
francachelos, mangurrinos
de cocinilla y tinaja;
cuando en aquellos entonces
festivamente cantaban
coplillas de arreglamiento,
de pedriscos o de panzas...
Recuerdos que a don Lotario
en esta tarde le asaltan
mientras se arrasan su ojos
y se nubla su mirada:
Francisco García Pavón
ya hace años que no habla
ni relata casos de ellos
(sus criaturas más preclaras)
con ese estilo tan suyo
y esas manchegas palabras
nacidas en Tomelloso,
en la Atenas de La Mancha.

ELADIO CABAÑERO

CANCION PARA FRANCISCO GARCIA PAVON

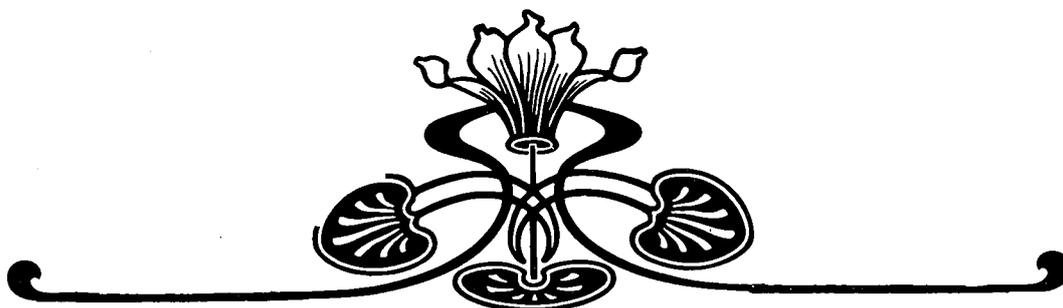


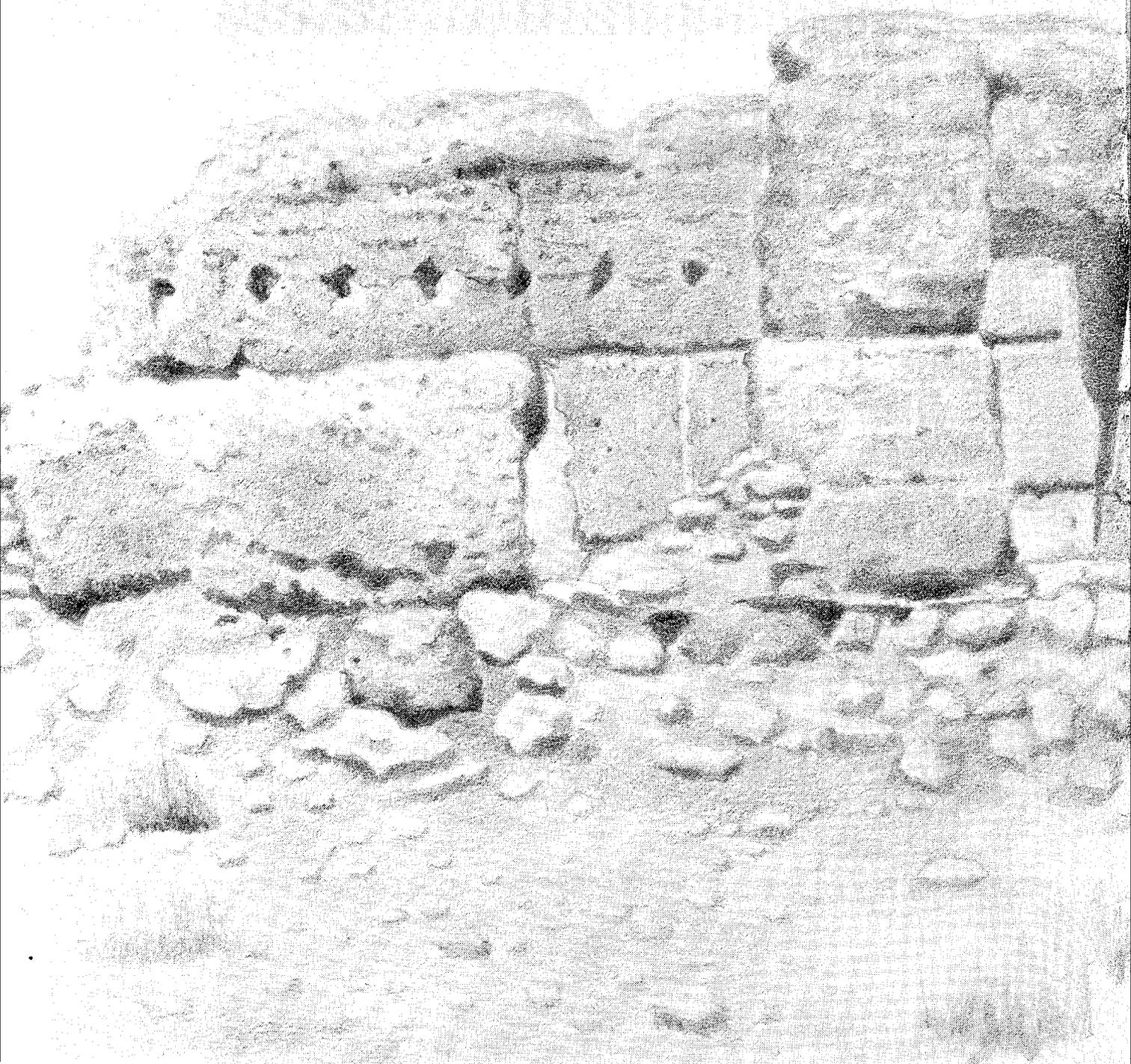
Recuerdas el rosal allí abrasado
por el soplo de aquel sol de verano
que hizo de los dos canto lejano
y del cuerpo un deseo ya olvidado?

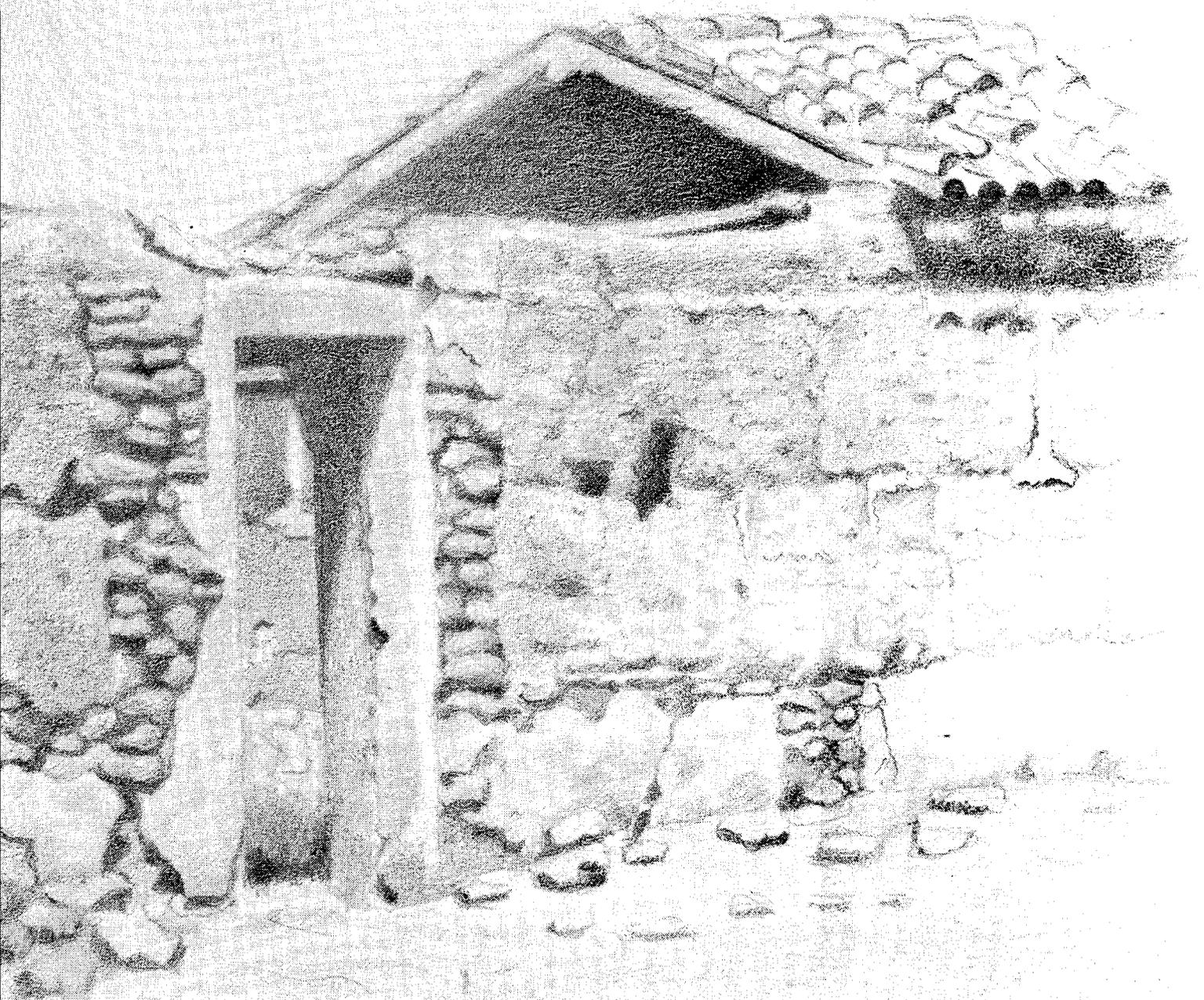
Es invierno y el campo está helado,
la muerte acerca todo lo lejano
y te veo coger lento en la mano
negras ramas de aquel rosal quemado.

¿Recuerdas el amor allí abrasado?

DIONISIO CAÑAS







Manuel Romero
Tomelloso S.
89

ESE TIERNO Y HUMORISTICO ESCRITOR MANCHEGO

Si hubiera que buscar al hombre que convirtió esa localidad castellana de Tomelloso en una especie de Atenas manchega, de la que salieron figuras como las de pintor Antonio López o los poetas Eladio Cabañero o Félix Grande, el nombre de Francisco García Pavón se impone de antemano. Fue el mayor de todos ellos, pues allí nació en 1919, el más culto y el más académico también, y el que contribuyó decisivamente a su lanzamiento. Fue también el primer doctor en Letras, catedrático después, y director durante muchos años de la Escuela de Arte Dramático, aparte de crítico teatral atento, de novelista de éxito, y de un creador de cuentos excepcional. Pero sus raíces manchegas no le abandonaron jamás, le sirvieron de anclaje en lo real y de rampa de lanzamiento para toda suerte de empresas posteriores.

Tragedias de una época

Hay que revisar las fechas. Su primera novela, *Cerca de Oviedo*, quedó finalista en el Premio Nadal de 1945, el segundo después del éxito de la tan mítica *Nada*, de Carmen Laforet, y García Pavón seguiría opositando a este concurso, siendo finalista otra vez, antes de conseguirlo en 1969 con *Las hermanas coloradas*. El escritor había vivido desde dentro todas las tragedias de aquella época terrible, la guerra civil en el bando republicano, la difícil posguerra como un joven intelectual. Y profesor fascinado por el teatro, un teatro que entonces luchaba a través de la literatura para atravesar el desierto. Fue un crítico notable durante muchos años, y además sorprendió al sistema establecido con una obra de investigación que se proyectaba hacia el futuro, su célebre *El teatro social en España*, en 1962. También dirigió durante muchos años la editorial Taurus.

Pero, a través de todas aquellas aventuras, el escritor que era García Pavón volvía una y otra vez a Tomelloso, a su Mancha natal, recreándola con humor, ironía y una evidente objetividad. Y aquí dio García Pavón la mejor medida de sí mismo, en esos espléndidos relatos que reuniría después en *Cuento de mamá* (1952), *Las campanas de Tirteafura* (1955) y, sobre todo, aquellos tan sorprendentes para su época *Cuentos republicanos* (1961) y *Los liberales* (1965). Para entonces García Pavón ya estaba considerado como uno de los mejores cuentistas hispánicos, no sólo por su obra de creación, sino también por la de teórico y antólogo: *Antología de cuentistas españoles contemporáneos* (1959).

El escritor investigaba principalmente en sus recuerdos infantiles y familiares, y —como dijo algún crítico— contemplaba los toros siempre desde la barrera. Su ironía, su tierno humor siempre disponible, distanciaban las tragedias, las alejaban y convertían en diversión lo que en el fondo nunca dejaba de ser siempre una conversión. Y, por debajo, un liberalismo siempre de buena ley, una extraña racionalidad bastante insólita en nuestros lares, una infinita capacidad de comprensión.

Y así llegó Plinio, el nombre emblemático, el pequeño Mito manchego, que supuso al mismo tiempo el triunfo del escritor y la maldición de su etiqueta final, que me niego a suponer definitiva. Francisco García Pavón ha sido conocido sobre todo por las aventuras de su insólito personaje Plinio, el imaginario jefe de la Policía Municipal de Tomelloso, que resuelve crimen tras crimen como si fuera la encarnación manchega del comisario Mairet. *Historias de Plinio*, *Los carros vacíos*, *Las hermanas coloradas*, antes de volver al relato irónico costumbrista de *Los nacionales* (1977).

Pero también las novelas de Plinio son una suma de novelas cortas, y al menos son peores cuanto más se alargan. Francisco García Pavón, ese tierno y humorístico escritor manchego, que nació liberal y nunca dejó de serlo, que cruzó el imperialismo de posguerra y el realismo social posterior, acompañado de su personal ironía, y terminó creando mitos de consumo, será siempre recordado como uno de nuestros mejores cuentistas de este siglo.

RAFAEL CONTE

LA EVOLUCION DE LA NOVELA

A la memoria de mi amigo Paco García Pavón

Con frecuencia los novelistas escuchamos lamentaciones sobre la falta de atractivo de la novela actual. “Hoy no se escriben novelas largas, cargadas de acontecimientos, como hacían Dickens y Dostoyewski”, suele decirse. Y la lamentación es fundada. Sabemos de muchos novelistas del XIX que tenían en vilo a sus lectores a lo largo de unas semanas acerca del destino de sus héroes. El secreto estribaba en que cada entrega resolvía el problema pendiente en la entrega anterior pero creaba otro nuevo, con lo que la intriga del lector podía sostenerse viva indefinidamente, durante tanto tiempo como el narrador deseara. Seguramente fuese esto lo que indujo a algunos intelectuales a catalogar a la novela como género literario menor. Y quizá también por ello, en un noble anhelo de reivindicarla, la novela, para no pocos estudiosos, debe dejar ya de ser un género divertido para pasar a ser un género interesante. La novela en buena parte, en nuestros días, abandona el sentimiento y se abraza a la estética. Por este camino, el género se ennoblece a costa de intelectualizarse cuando no se evapora en la pura especulación lingüística.

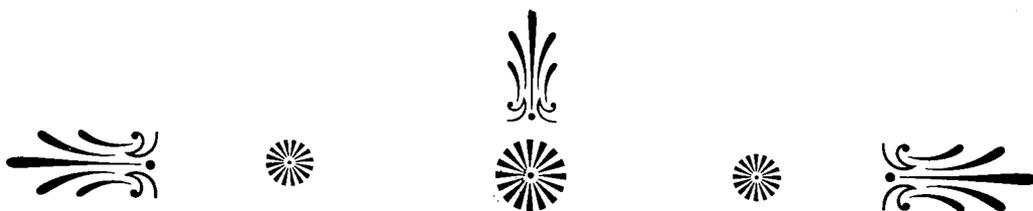


En este breve ensayo yo no pretendo sino divagar un poco sobre las características externas que singularizan a la novela de nuestro tiempo, dejando aparte su evolución de fondo, evolución que llevó en su día a Julián Marías a afirmar que en los últimos tiempos “casi todas las buenas novelas son malas; quiero decir, malas novelas, que no acaban de serlo. Lo normal es que la novela descarrile en el ensayo, degeneren en él, es decir, se des-genere, pierda su género literario”.

Bien mirado, la novela no podía ser una excepción en el proceso de utilización de formas que caracteriza al arte contemporáneo. Buena parte de este arte se ciñe a unos cánones de notoria sencillez que puede llamarse primitivismo o pintura no figurativa, escultura abstracta o minimal, o funcionalismo arquitectónico. Lo incontestable es que el arte, a primera vista, se ha simplificado, ha adoptado una candorosa apariencia pueril que no excluye, sino que, paradójicamente, provoca la confusión. De un cuadro abstracto sorprende su elementalidad, pero a la hora de interpretarlo resulta difícilmente penetrable. A esta característica que podríamos definir como *compleja simplicidad* del arte contemporáneo no podía ser ajena la literatura, generalmente a remolque de las artes plásticas. Esto explica que, bajo una deliberada despreocupación, se advierta en la novela actual una atención preferente por la forma con la consiguiente postergación del argumento propiamente dicho. Este fenómeno no sólo se anticipa en la pintura sino que se manifiesta con mayor desenfado. Las nuevas escuelas de pintura alumbran un arte desconectado de la razón, una plástica que constituye un mero recreo de la vista y que *no ha sido hecho para ser entendido*. La elusión del tema llega a ser aquí total. Las formas y los colores lo son todo. En este sentido resulta muy atinado el punto de vista de José M.^a Valverde cuando afirma: “la pintura actual no hay que tratar de comprenderla sino de ejercitar el ojo en una nueva libertad, en un movimiento por su cuenta, dejándole que se divierta y busque sus propios placeres sin rendir cuentas al entendimiento”. Este principio podría aplicarse como norma a todas las artes plásticas, mientras que en algún estamento de la poesía, y aun de la novela, bastaría con sustituir *ojo* por *oído*. El arte contemporáneo en fuerza de simplificación va haciéndose ininteligible. Tratar de comprender un “collage” representa una quimera. El propio Picasso afirmaba hace más de medio siglo: “Para interpretar el cubismo se le ha puesto en relación con las matemáticas, la trigonometría, la química y qué se yo que más. Todo esto ha sido literatura por no decir tontería que da malos resultados cegando a la gente con teorías”.

La frase de Picasso es aplicable a la novela donde la preocupación formal va absorbiendo todas las facultades del creador. Tanto la eufonía como la quiebra del lenguaje ocupan lugares preferentes en la inquietud narrativa actual. Simultáneamente, el novelista evita completar el cuadro, deliberadamente se reprime, o, dicho de otro modo, empieza a admitir como virtud estética la sugerencia. El redondeamiento de una escena, el remate, empieza a ser considerado una concepción vulgar; se tiende a la obra abierta de Ecco. De este modo, la novela actual exige del lector una participación en la creación. Hace más de veinte años, José M.^a Catellet anunció que había llegado *La hora del lector*, esto es, la hora en que éste mediante su imaginación y su inteligencia, venía obligado a completar un cuadro apenas esbozado.

Este hecho induce a Valverde a considerar que “de este modo algún lector inteligente puede llegar a saber *más* que el novelista mismo sobre el sentido de la peripecia y sobre los personajes”. En este punto, las nuevas tendencias de la novela pueden ser comparadas a esos cuadernos infantiles donde el lápiz del artista apenas delimita unos contornos para que los pequeños destinatarios colorean los espacios en blanco a su capricho, lo que quiere decir que parte de la novela moderna se singulariza por la potenciación de la sugerencia y la eliminación de lo obvio, actitud plausible si aceptamos la afirmación del arquitecto Perret de que “el ornamento esconde siempre un error de construcción”.



Por su parte, Jean Genet asegura que “la oscuridad es la cortesía del autor hacia el lector”. El problema está en dilucidar si los lectores, la gran masa de lectores, están o no preparados para esta cortesía y, en última instancia, si la agradecen. En su día, Fernández Almagro se pronunció sobre este extremo sin rebozo: “El lector de tipo medio —apuntaba— no agradece nada tanto como que el novelista, el pintor o el músico, le den de toda suerte de facilidades y no le exijan esfuerzo alguno para establecer contacto, de corazón a corazón, con la obra de arte”. En el mismo sentido cuando Chejov se lamentaba en carta dirigida a su hermano de que los lectores no le comprendían, aquel le respondió: “Observa si eres tú quien no les comprende a ellos”. Ante esto, cabe preguntarse: ¿Es que la novela debe estar condenada, por exigencias de sus destinatarios, a una secular inmovilidad? Evidentemente el arte no puede permanecer inmutable por concesión a los espíritus primarios, puesto que, junto a éstos, que siguen reaccionando a impulso de los resortes emocionales del melodrama, están los espíritus cultivados que exigen su modernización o, si se prefiere, una puesta al día.

En toda tentativa innovadora acecha, sin embargo, el riesgo del mimetismo de tal forma que en poco tiempo los nuevos caminos estén tan hollados como los viejos. Hay que pensar entonces que si Faulker alcanzó el premio Nóbel no fue por ser un escritor oscuro, por su juego difícil de superposición de planos y su desdén por el punto y aparte, sino porque por debajo de su estilo musculado y confuso, se trasluce un novelista genial con un mundo propio y unos personales caminos para recorrerlo. La oscuridad no fue el motivo, pero tampoco un obstáculo, para reconocerle una categoría de escritor eminente. Ahora bien, tratar de remedar la complejidad expresiva de Faulkner, ensombreciendo deliberadamente nuestro estilo, equivaldría a enmascaramos, denotaría un lastimoso estado de incapacidad. Folch y Torres consideraba a Picasso un gran artista y precisaba que “si el afán de mudanzas y su insaciable curiosidad le impulsaron a desmontar el reloj, lo hizo con la seguridad de que sabría volver a montarlo, no como otros imitadores que copian las piezas del reloj sin saber siquiera que lo son”. La fidelidad de la copia no entraña identidad de genio en ninguna manifestación artística.

En una palabra, me parece encomiable toda reivindicación de la forma novelesca siempre que tengamos en cuenta que esa forma, sea cual sea, *hay que llenarla* necesariamente con algo. “Los buscadores de la pura forma —ha dicho el escritor Alex Confort— producen obras con frecuencia de gran mérito pero que terminan por aprisionarlos”.

Otra nota distintiva de la novela moderna es su propensión a la objetividad, su empeño por disimular el artificio mitigando la presencia del narrador. En este punto conviene, sin embargo, hacer un distingo esencial. El término *objetivo* aplicado a la novela es ambiguo, se presta a una doble interpretación y, por tanto, al equívoco. Algunos estudiosos emplean el término objetivo como derivado de objeto, mientras otros, al hablar de novela objetiva, están aludiendo a la actitud del autor respecto a la obra que escribe. La primera acepción suele aplicarse al *nouveau roman*, puesto que en ella, el hombre no rebase el rango de un objeto más. Quizá Por ello el vocablo *objetal*, utilizado por algunos, resulte más definidor y preciso si tenemos en cuenta que en estas obras no hay personajes, ni tiempo, ni acción, esto es, no hay novela propiamente dicha. De ahí la denominación *antinovela* que Sartre acuñó para los productos de esta escuela. Pero, se preguntará el lector, si el tiempo no existe, ni hay personajes, ni pasiones en juego, ¿qué es lo que hay entonces en estas obras? Simplemente un extenso y riguroso ejercicio descriptivo. No descripciones sometidas a la servidumbre de unos personajes o una narración, puesto que no los hay, sino descripciones cerradas en sí mismas, sin salida, ya que la descripción de algo estático, que no va a dinamizarse, constituye la médula de estos ejercicios literarios.

Más ésta es una dirección, entre otras muchas, de la novela moderna, cuyo estudio pormenorizado me apartaría ahora de mi propósito. Por el momento, únicamente me interesa recoger la segunda acepción, aquella que identifica objetividad con imparcialidad, esto es, que se refiere a la actitud fría, desapasionada, en que el autor se coloca respecto a las peripecias que narra.

Los cambios operados en la novela en los últimos cincuenta años son considerables. Y sin algunos pueden obedecer al capricho o a la moda y, en tal sentido, van y vuelven, como las faldas largs o las faldas cortas, los más. Por ser frutōs de una reflexión profunda, acaban adquiriendo carta de naturaleza, porque como dice Bernard Pingaud “los novelistas de todos los tiempos buscan la manera de dar la imagen más verdadera del suyo”. Y uno de estos cambios, a mi entender irreversible, es éste: el novelista actual considera impertinente su intromisión en la trama, y, entonces, para hacer su novela más verosímil y creíble —que en definitiva, es lo que se pretende— optar por salirse de ella, por marginarse, decisión que, en principio, no puede parecer más atinada y plausible.



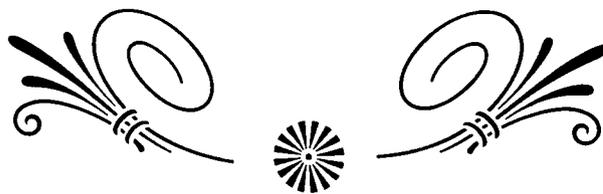
No hace aún muchos años, el novelista estaba inevitablemente presente en la narración. Era un ser ubicuo y omnipotente y no lo disimulaba. No sólo dirigía, sino que juzgaba e interpretaba las acciones de sus personajes; sabía más que ellos y se vanagloriaba de su sabiduría ante ojos del lector a quien exhortaba frecuentemente con interpolaciones subjetivas: “Dejamos a nuestro héroe..”, o bien, “dedicaremos unas líneas a Fulanito del Tal que ha de jugar un papel importante en el curso de esta historia”; o bien ¡Que lejos estaba Mengano de sospechar que era ésta la última vez que vería a Zutano!”. En una palabra, el novelista participaba de las inquietudes y sentimientos de sus criaturas y, en cierta medida, anticipaba sus destinos. Frente a esto, el novelista de nuestros días, humilde aspirante a la sinceridad, imprime a su técnica novelística un viraje radical. Le mueve, sin duda, un sentimiento de pudor con una doble vertiente: el pudor de no inmiscuirse en las acciones que relata y el pudor de respetar la intimidad de sus personajes. Aparece así la posición objetiva del narrador que, más o menos acusada, domina en toda la novela moderna. Esta actitud se extrema a veces para que el novelista vea los hombres y las cosas desde fuera y no capte ni comunique al lector más de lo que captaría y comunicaría al espectador una cámara cinematográfica. De esta manera el autor no sólo renuncia al derecho de vaticinar el futuro de sus criaturas sino que, en ocasiones, ni siquiera las define. Son ellas mismas, a través de sus palabras y conducta, conforme preconizaba Ortega, las que manifiestan cómo son.

La primera consecuencia de esta innovación es que el subjetivismo narrativo va pasando a la historia. Aun puede darse —y de hecho se da con relativa frecuencia— una presencia orientadora, más o menos solapada, del autor en la obra, pero no se trata en ningún caso del gobierno absorbente, autocrático, de antaño. Esta tendencia empieza a manifestarse en España hacia los años 50, con la irrupción del grupo behaviorista, equidistante entre la novela anárquica, autodidacta, que subsigue a la guerra civil y el social-realismo de la década de los 60, y llega a extremos de auténtico virtuosismo con la publicación, en 1956, de la admirable novela de Sánchez Ferlosio, “El Jarama”. En estos ejercicios límite de novela objetiva, el autor crea su mundo, le infunde vida y, luego, discretamente, se coloca al margen. Sus personajes se mueven con absoluta libertad, espontáneamente, o, al menos, así nos lo parece. El novelista se abstiene de hablar por sus bocas, de vaticinar su porvenir, de maldecir o condolerse cuando el destino se les tuerce. Deja de identificarse con ellos; los define en perspectiva y sin la menor piedad. José María Castellet anotó en su día que este cambio de orientación no obedecía a la moda sino a una serie de razones históricas, culturales y sociales a las cuales la literatura no era ajena. Y no le faltaba razón. El novelista empieza a perder autoridad sobre sus personajes al tiempo que se debilita la del padre sobre los hijos, la del profesor sobre los discípulos o la del alcalde frente a sus conciudadanos. El novelista, si aspira a ser fiel a su tiempo, no debe entrometerse en la acción, sino limitarse a constatar los actos y conversaciones de sus personajes. La trascendencia del problema planteado y los conflictos psicológicos de los protagonistas debe descubrirlos cada lector por sí mismo, a través de las acciones y diálogos que el novelista le ofrece.

En la presentación de los tipos que pueblan la novela y en los diálogos que sostienen entre sí en donde se evidencia principalmente la posición objetiva del narrador. Respecto a los personajes se produce automáticamente un progresivo alejamiento del autor, una falta de simpatía que conduce, en ocasiones, al trazo caricaturesco. La paternidad literaria no se justifica, como antaño, por lazos afectivos. Gradualmente el protagonista de novela va dejando de ser espíritu puro, héroe intachable y arriscado, para convertirse en un mísero ser de carne y hueso que cae en la tentación o en el ridículo tantas veces o más que los hombres en la vida.

El diálogo, por su parte, se vigoriza, puesto que éste es casi el único vehículo de que el novelista dispone para decir que lo que quiere decir. Esto obliga a la selección, con la consiguiente eliminación de la prolijidad, lo que no es obstáculo para que el autor eche mano de los diálogos inanes, superfluos y vacíos, —caso de “El Jarama”— cuando trata de retratar un sector social inane, superfluo y vacío. En cualquier caso el diálogo crece en importancia. La novela, pues, al tiempo que un espejo, o, quizá antes, empieza a ser un magnetófono a orillas del camino.

MIGUEL DELIBES





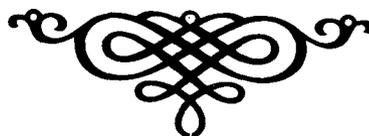
LOS CUENTOS DE GARCIA PAVON

Francisco García Pavón es un ejemplo de equilibrio entre el bien escribir y el buen contar. Tres libros lo antestiguan: *Cuentos de mamá* (1952), *Cuentos republicanos* (1961) y *Los Liberales* (1965). Ha publicado otro, *Las campanas de Tirteafuera*, (1955), irregular en el que, sin embargo, podemos leer algún cuento maestro: *El zaque de piel de toro y el jaque mendigo*, por ejemplo. Pavón es manchego, de Tomelloso; historiador y amante de su pueblo y de La Mancha. Sus libros son una evocación rica, original y viva de su ciudad, de las gentes que conoció allí, de su familia, niñez y adolescencia. Pero implica, además, en ese mundo, como fondo esperanzador, frívolo e inquietante a la vez, trasciende la crisis política española de más de medio siglo. *Cuentos de mamá* está situado en la época del general Primo de Rivera; *Cuentos republicanos*, hacia 1931; *Los liberales*, en la primavera del año 39. Un crítico ha visto a García Pavón como “contemplador entre irónico y patético de un mundo ido definitivamente, salvado por la memoria y el amor”⁽¹⁾. Sus cuentos abundan en comparaciones acertadísimas, humanidad, observación, gracia. Narra, casi siempre, en primera persona. Y cualquier español reconoce como cercano o suyo ese mundo: las familias preocupadas de que todo sea “muy señor”, hasta el sonido de la bocina del coche. La evocación del tío-abuelo que fue alcalde en la Primera República. Los clanes familiares de las provincias, como una gran rueda del visiteo: abuelos, padres, tíos, primos... Las cámaras, con uvas y pimientos secos colgando de las vigas. El casi bárbaro, excitante mundo de las criadas y de sus familias. Los portones anchos, las paredes enjalbegadas, los corralazos con higuera, parra, pozo y macetas. La hermandad jugosa, llena de detalles, de los pueblos: “Vamos a ver a la Tía Pascuala” (que no es tía); “vamos a ver a la hermana Paulina” (que no es hermana)... Los diminutivos pudorosos, cordiales: bracete, todico, familieja, solico... Pavón no caricaturiza ni inventa a España; tampoco es ñoño jamás: *El entierro del ciego* o *La chacha Ramona* son aguafuertes bellísimos, estampas picarescas sin cargar la mano, sin chafarrinones. Pavón nos emociona describiendo un “Ford” de los años veinte o una sencilla historia de amor de pueblo, limpio, hondo, pleno, honesto: el de *Paulina y Gumersindo*... Libro de historias fantásticas es *La guerra de los dos mil años* (1967), en el que, desde el título hasta la confirmación del autor en su oficio de fabulador en el último cuento o capítulo, todo es acierto. Fantasía de raíz española, arrojando una sátira socio-política a veces dura, aguda siempre, de impresionante y lujosa plasticidad: *El cementerio capitoné, los Judíos, Un paseo por el campo, Tablado flamenco, El paso de las aceitunas, La cueva de Montesinos*...

* Fragmento del artículo GUIA DEL CUENTO CONTEMPORANEO EN ESPAÑA, publicado en *Cahiers de Poétique et Poésie Ibérique et Latino Américaine*, Universidad de París, X, núm. 2, Junio, 1976, pp. 29 a 31.

(1) Emilio Miró: Sobre *Los liberales*, de Francisco García Pavón. *La Estafeta Literaria*, Septiembre, 25, 1965.

MEDARDO FRAILE



PASEOS CON MI PADRE



Recuerdo nuestros trágicos paseos. Andábamos muy despacio, sin tiempo, dando la vuelta a la manzana; Plaza del Rey, calle Barquillo, Augusto Figueroa y vuelta a empezar, cogidos del brazo, mi padre aferrándose a mí y yo que nunca encontraba el ritmo de su paso.

Eran casi heroicos nuestros paseos, bajar tres pisos, trece escalones en cada tramo, salir a la calle y andar tan malamente por las aceras estrechas, pegándonos a las fachadas para no chocar con los ciegos que salían de la ONCE y bajaban hacia Augusto Figueroa disparados, pegando bastonazos a troche y moche. Yo iba demasiado pendiente de mi padre, intentando protegerlo de todo, de manera que siempre andábamos horriblemente mal, yo abajo, él arriba de la acera, subiendo y bajando por los coches que pasaban y pitaban en aquellas mañanas y tardes infernales de los días entre semana. La gente nos miraba, pero yo ya estaba cansada de aquellas miradas estúpidas, medio de compasión, de curiosidad, miradas vacías inexpresivas algunas, pero siempre fijas en nosotros como si fuésemos lo insólito de la mañana, algo distinto en la rutina de su camino; por eso nos poníamos las gafas de sol; él porque después de la enfermedad estaba tan debilitado que el más mínimo brillo o resplandor de aquel tibio sol de febrero, le hacía daño, yo para no encontrar esas miradas que se clavaban en nosotros sin misericordia, con una tenacidad que nunca dejó de asombrarme, cada mañana y cada tarde durante aquellos larguísimos paseos, con tanto esfuerzo y tanta tensión y sin embargo tan lentos, tan sin provecho. Así avanzábamos, él cogido a mi brazo, con nuestras gafas de sol y nuestro paso sin ritmo, roto y desigual, recorriendo las mismas calles, las mismas tiendas, los mismos portales.





A veces algo nos hacía sonreír, el comentario cogido al vuelo de una vez ronca y desgarrada que amenaza e insulta un piropazo que todavía sorprende o en el cielo helado de la tarde la luna fina y pequeña que asomaba por las azoteas; yo se la señalaba a papá y él hacía algún comentario (un borrón de luna) o aquel día en que nos pilló la lluvia brutal en la calle Hortaleza y el viento le dio la vuelta al paraguas y tuvimos que entrar en una tienda de ropa interior. Papá sentado en una silla miraba las bragas y los sujetadores que la dependienta guardaba y yo fija en la lluvia torrencial pensando con angustia que no pararía nunca y estaban a punto de cerrar, preocupada porque él se mejoraría, tan frágil como estaba, y sería horrible, pero a la vez con risa, al verlo allí tan serio, fijo en esas bragas negras, casi de posguerra que la dependienta, anciana guardaba. Al final, nada, cesó la lluvia y volvimos con el paraguas roto, húmedos y riéndonos hasta casa, recordando la escena.

Ibamos entonces a la Plaza del Rey, a cien metros de casa, con un esfuerzo titánico, tanto era el esfuerzo que teníamos que sentarnos un largo rato para que él descansara, mientras yo me preguntaba cómo se nos ocurría lanzarnos a la calle tan solos, tan desprotegidos de aquellas miradas horribles de la gente, de sus prisas, sus empujones, sus pasos precipitados y egoístas.

Era febrero, había sol y un cielo muy azul en esa plaza de niños y viejos: las palomas volaban en las bandas repentinas e imprevisibles, la cruzaban con un ruido seco de las alas, giraban y se posaban en el tejado de la casa de las siete chimeneas; las mirábamos absortos y en silencio, fumando hasta que mi padre me tocaba el brazo y me preguntaba —¿en qué piensas?— y yo —nada—, entonces nos sonreíamos y nos quedábamos en silencio otra vez. El nunca insistía y era mejor así porque yo no se lo podía decir, no podía decirle que cada tarde, allí sentada junto a él, mientras seguía el vuelo de las palomas, tras mis gafas de sol, aborrecía la vida. Me sentaba a odiar la vida con todas mis fuerzas y que si sonreía era sólo para él, para nadie más, y si hacía el esfuerzo tremendo de hablar, también era sólo para él. No quería ni podía sonreír a nadie más por ese odio que iba creciendo en mí, que yo sentía crecer día a día, y que allí sentada en el banco de piedra, sonriendo a mi padre, comprobaba, medía y dejaba crecer libremente como algo bueno o ni siquiera bueno, sino como algo natural y lógico mientras miraba concienzudamente, tras mis gafas de sol a las palomas y recordaba que en aquella plaza había jugado de niña, sentía entonces que mi infancia era realmente y dolorosamente un paraíso perdido y odiaba más la vida.

Si mi vida tenía algún sentido aquellos días soleados de la Plaza del Rey era para odiar bien y a gusto y para ayudar a papá y sonreírle e intentar alcanzar el ritmo de su paso, lo que nunca conseguí, porque al poco tiempo de empezar nuestros paseos, pese a lo que dijeron los médicos, empecé a sospechar lo inútiles que eran y que no solamente nunca alcanzaría el ritmo de su paso, sino que él, cada día, tal y como lo comprobé, se iba alejando más de nosotros.

— Mira, ves— me decía señalando un portal de la calle Barquillo— allí vivía el sastre que me hizo mi primer traje —¿cuántos años tenía?— le preguntaba —no sé... unos 16 ó 17, fue cuando vine a Madrid por primera vez...— me contestaba y luego caía en un larguísimo silencio. Al final puesto que todos se repetían las mismas conversaciones, las mismas observaciones, llegué a la conclusión de que los dos pensábamos en lo mismo; él en su infancia y su juventud que era lo único que recordaba con claridad, lo único que recordaba con claridad, lo único que le obsesionaba y le importaba y yo en la mía, mirando esa plaza donde yo había jugado tanto con mis hermanos y perseguido a las palomas, ajena a que años después volvería con mi padre, mi idolo, el único, derrumbado, a odiar la vida.

SONIA GARCIA SOUBRIET

UNA TARDE DE LLUVIA CON GARCIA PAVON

Llovía aquella tarde sobre el Paseo de Recoletos. Con paso lento, como salido de una de sus páginas, García Pavón avanzó entre el humo denso del café y vino a sentarse frente a mí con ese gesto natural y espontáneo de quien viene a sentarse para siempre. Los espejos multiplicaban su silueta de héroe de otros tiempos que había decidido habitar en el mundo cerrado de sus novelas. El humo difuminaba, agrandándola más aún, su callada tristeza. Fue la primera vez, y fue también la última, que pude comprobar que aún estaba vivo, aunque había algo de despedida y muerte en su silencio.

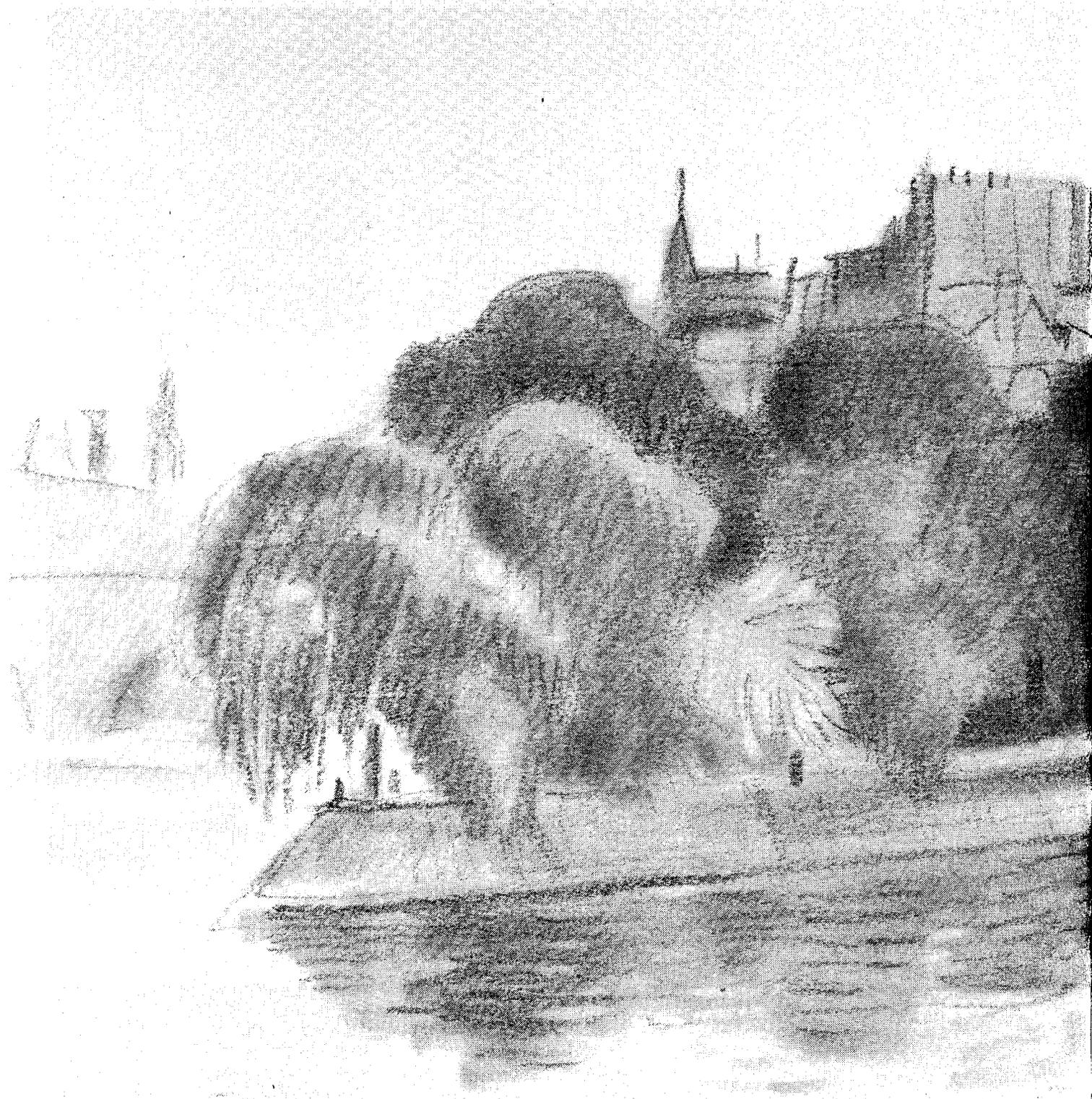
Por el aire detenido del Café Gijón cruzaban, fantasmales, largos trenes de nieblas, largos trenes de Eladio que venían cargados con los sueños de antaño y venían cargados de racimos y de olvido y septiembres. El parecía tener los ojos detenidos en algún horizonte de plazas quietas y vides maternas. Tal vez a aquella misma hora llovería también en Tomelloso... El apenas hablaba. Prefería escuchar la voz ebria del agua en los cristales, o pensar en su calle, en sus papeles, en tantos personajes que aún estarían durmiendo en sus cajones.

Negros toros de sombra conrneaban el aire de una tarde que se perdía bajo los túneles del metro. Rafael a su lado. Manolo en la distancia de saberle tan próximo y a la vez tan lejano. García Pavón, la lluvia en los cristales, largos trenes de mosto que venían de la infancia, su mano casi fría, Recoletos un río de trigales oscuros, la noche en los espejos y en sus ojos...

Llegó para quedarse, para decir adiós, porque la lluvia (ese húmedo tren que no conducía nadie) le esperaba a la puerta. García Pavón, perfil cercano de una tarde tan herida de otoños. Sus maneras de héroe solitario, su mano fría, su silencio: todo tan nuestro ya, tan suyo. Como aquel hueco hondo que ha quedado en un rincón de agua del café, el hueco de aquella tarde última y primera, aquel hueco tan suyo y desolado que ya no ocupa nadie, y donde ahora llueve, llueve para siempre.

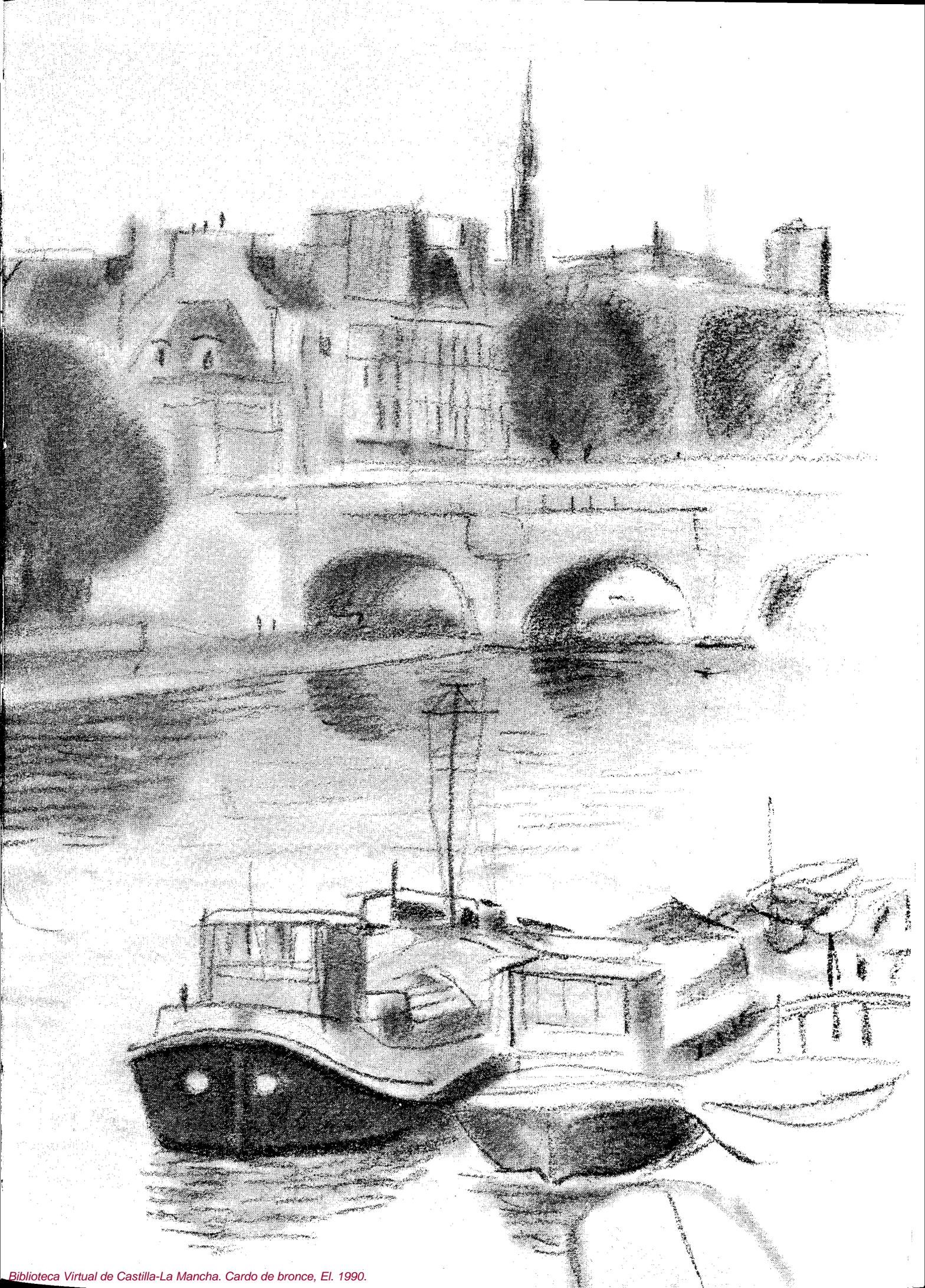
PEDRO A. GONZALEZ MORENO





PARIS - agosto de 1987

DONAIRE



SIRVIENTE Y SEÑOR

La televisión le emborronó la cara. La muerte le ha devuelto su rostro de escritor singular. La serie televisiva dedicada a su personaje tomellosero, cazurro, inteligente (Plinio), no fue sino una serie más, en donde se diluía o se perdía el admirable idioma castellano de que se nutrían sus relatos. La muerte nos ha convidado a releerlo, y en esta enésima lectura encontramos a un escritor que ha sabido ser un maestro, pero de un modo sigiloso, pudoroso y constante. La televisión le dio fama y, como tantas veces ocurre, la fama lo disminuyó: García Pavón, a su paso por ese medio de difusión frecuentemente equívoco, quedaba reducido a un Simenon de segunda o un Hammett de tercera; cuando, en realidad, y en determinada manera de servir al idioma español, García Pavón fue único: llegó a parecerse a sí mismo a fuerza de su gozoso respeto al idioma que lo fortalecía. Algunas alegrías, junto a algunos disgustos, le dio a García Pavón la conversión de algunas de sus historias al lenguaje televisivo. Pero es posible imaginar que al apagar el receptor en donde las imágenes habían popularizado su firma y desfigurado su estilo literario, quizá García Pavón se acostase en su cama y, antes de dormir, releiese algunas páginas de Miguel de Cervantes. Creo que nunca condescendió a frecuentar maestros del idioma que no fuesen pura y sencillamente genios. Creo también que entre ser un autor de moda o un aprendiz de genio, García Pavón, con ambición secreta y ejemplar, eligió lo segundo. Yo creo que fue famoso por descuido: lo que conscientemente pretendió y consiguió fue ser feliz escribiendo con palabras viejas y exactas, que a veces parecían originales porque resquebrajaban el olvido o la ignorancia idiomática de los lectores e inclusive de los colegas. Su sabiduría le aconsejó descrecer de la actividad —tantas veces dudosa— de abrir caminos nuevos a la prosa, a la frase, a la estructura del relato; su sabiduría no se conformó con menos que con poner al día viejas y eternas conquistas del idioma. Se situó enfrente de la calma suntuosidad del habla y resolvió no ser su amo, sino ser su sirviente.

Porque, es cierto hay escritores que se sirven de las palabras y hay escritores que las sirven a ellas. Los primeros se imaginan ser dueños privilegiados del lenguaje; los segundos no ignoran el privilegio en que consiste ser los servidores del idioma. Los primeros suelen dictar las modas literarias (las modas, esas afásicas caricaturas de la permanencia); los segundos, con su respeto a la herencia prodigiosa que llamamos palabras, suelen desarrollar su alma y llegar a la nuestra. García Pavón, lo repito, no se sirvió de las palabras: se puso a su servicio. Leyéndolo advertimos que las hermosas e inmortales palabras españolas le bailaban y le cantaban en la lengua: y, en consecuencia, las palabras españolas, y en el modo español, que escribió nuestro claro amigo y secreto maestro, nos bailan y nos cantan al oído.

Muy pocos libros de esta época tienen el sonido de la más viva tradición literaria y, al mismo tiempo, el rumor de un escritor original; no quiero decir sorprendente: quiero decir original. No hablo de atrevimientos, parricidios formales, elaboraciones poscontemporáneas: hablo de originalidad: que es eso que suele suceder cuando un verdadero escritor ha conseguido, a base de mucho conocimiento y de mucho trabajo, hacerse amigo del alma del idioma y añadirle su propia alma: lo que viene después ya no puede llamarse un escritor de moda: se llama un escritor de raza. García Pavón fue de esa stirpe. No le deslumbró la tentación de ser un inventor literario: era lentamente ambicioso y eligió ser un escritor añejo, es decir, uno de esos artesanos cuyas obras mejoran al paso de los años. *Cuentos de mamá*, *Cuentos republicanos*, *Cuentos liberales* (el primero de esos tres libros fue escrito hace cuarenta años los otros dos aparecieron hace un cuarto de siglo) tienen un palpito verbal y una oferta emotiva que no sólo envejecieron, sino que hoy son capaces de rejuvenecer el placer de leer. *Ya no es ayer* (uno de los más hermosos monumentos erigidos a la majestad de la memoria, uno de los más bellos monumentos verbales que hoy pueda visitar todo lector que no ignore que la infancia puede ser un milagro) se publicó hace quince años: ya no es ayer para ese libro: hoy duele más que ayer y nos produce más admiración de la que ayer nos produjera. Nos duele más que ayer porque nuestra infancia se va quedando cada día más lejos: en tanto que la infancia opulenta de ese discreto, admirable y pesaroso libro se mantiene resplandeciente. Lleva la luz de la verdad.

Mucha verdad, mucha autenticidad, contuvo la vida de Francisco García Pavón y conservan sus libros. La última verdad de la vida, esa tristeza a la que le llamamos muerte, ahora hace un año que lo derribó. Ese derrumbamiento nos ha privado de un amigo y quizá de unos libros que no alcanzó a escribir, pero no ha logrado privarnos de los que ya escribiera: unas cuantas obras golosas y perfectas que avanzan en el río de la literatura hacia ese mar inmenso que es el genio del idioma español.



FELIX GRANDE

GARCIA PAVON Y EL TEATRO

Aunque los críticos y estudiosos de la obra de Francisco García Pavón se refieren casi siempre a sus cuentos y novelas, también el escritor de Tomelloso prestó al fenómeno teatral una especial atención. Recuérdese su larga época de crítico en varios periódicos de Madrid y sus años de director de la Escuela Superior de Arte Dramático. Ya en 1971 publicó un libro cuyo título no podía ser más revelador: “Textos y escenarios”, en el cual recogía buena parte de sus trabajos aparecidos en diarios y revistas. García Pavón entendía que el teatro es un arte complejo, con seres vivos presentes y bullentes, el espectáculo más alucinante para el hombre desde hace siglos.

Hoy, cuando se me piden unos folios para este “Cardo de Bronce” especial que el Ayuntamiento de Tomelloso le dedica en el aniversario de su muerte, he vuelto a releer “Textos y escenarios” y a recordar alguno de los comentarios que entonces le dediqué. El libro estaba fraccionado en cinco largos capítulos o parcelas y en cada uno de ellos el autor comentaba las diversas significaciones de la temática teatral: “Textos y autores”, “Los actores”, “Los críticos”, “El teatro, espectáculo complejo” y “Temas próximos”. Y sin que ello quiera decir que el resto del libro no fuese tan importante o más, a mi me interesó especialmente la parte dedicada a “Textos y autores”, pues era, en mi opinión, en la que García Pavón había realizado una inteligentísima penetración en torno a la etiología de las obras más representativas de la escena española. Los comentarios —verdaderos ensayos— dedicados a “Fuenteovejuna”, “Peribáñez y el comendador de Ocaña” y al mito de “Don Juan”, son realmente magníficos.

Sobre “El Burlador de Sevilla”, García Pavón abundaba en datos y reflexiones, todas ellas de especial alcance crítico e ilustrativo. Comparaba el “Don Juan” de Tirso de Molina con el de José Zorrilla, explicando que la postergación de aquél por éste, durante muchos años, no se debió a razones cronológicas ni preferencia por parte de un público quizá más atraído por el Romanticismo, sino a que Zorrilla nutrió a su Tenorio de una serie de valores humanos, de una encarnadura artística, que, tal vez, faltan en el de Fray Téllez. La musicalidad de los versos del poeta vallisoletano, su exaltación de la hombredad española, de la ternura de Doña Inés de Ulloa, la salvación final del calavera produjeron un mayor impacto escénico que el más frío enfoque teológico de Tirso.

De gran utilidad para los estudiosos del teatro eran —y continuarán siendo— las páginas que en este libro se dedican a autores como Muñoz Seca, Jardiel Poncela, Ramón María del Valle-Inclán, Federico García Lorca, Alejandro Casona y Joaquín Dicenta. Recuerdo que los más precisos elogios de García Pavón eran para Valle-Inclán, por la alta calidad de su lenguaje, por su ahondamiento en la realidad española, en el fenómeno de la arbitrariedad feudal galaica. Comentaba García Pavón como Valle, en los “esperpentos”, ya no escribía con la mano, sino con el puño del alma: “Ha empuñado por la punta los cables calambrosos de más dramática realidad ibérica”. Y en las páginas que dedicó a Joaquín Dicenta ponía de manifiesto por donde se hallan las claves del auténtico surgimiento del drama social en nuestro teatro, señalando la importancia de “Juan José”.

Hablé mucho sobre teatro con Francisco García Pavón y he leído prácticamente todo lo que fue publicado sobre este tema. Le hice entrevistas que se publicaron en la mayor parte de los periódicos españoles y en algunos de América, y siempre advertí su gran interés por dicho género. García Pavón, de acuerdo con su manera de entender cualquier fenómeno cultural o social, no se acercaba al teatro con mentalidad de erudito o historiador, sino con su peculiar talento de escritor, de hombre que todo lo fía al lenguaje, a la imaginación, a la capacidad creativa. Fue un narrador enamorado del teatro, un novelista que comprendía perfectamente a los dramaturgos y comediógrafos, a los cómicos de los teatros de las grandes ciudades y a aquellos otros del carro de la farándula que iban —y van— de pueblo en pueblo. Por eso he querido recordarle en esta faceta de su actividad literaria.

JOSE LOPEZ MARTINEZ





HOMENAJE A FRANCISCO GARCIA PAVON



Haciendo bueno el principio evangélico, aquel que dice: “por sus obras los conoceréis”, llegué a conocer a Francisco García Pavón. Precisamente por sus obras. Mientras, en varias ocasiones tuve la suerte de hablar con él. Frases cortas, un saludo, despedidas... y nada más. Mi casi permanente estancia en Getafe sólo me permitía la asistencia esporádica a las tertulias del Gijón. Allí le veía con García Nieto, su paisano Cabañero, o con el asturiano, Cronista de Villa de Madrid, Juan Antonio Cabezas.

Más si estas visitas a las tertulias me enseñaron a respetar a una serie de personajes del arte y la literatura, en el caso de García Pavón fue diferente. No fueron sus novelas las que llegaron a convencerme del espíritu poético de Pavón. Cuando pasada la década de los cincuenta comenzó la serie de historias y cuentos, se descubrió junto a la magnífica inventiva narrativa, el sentido poético de un alma que atesoró en su interior un cúmulo de gestos, ritos, costumbres, nombres, figuras... que si muchos de ellos pertenecían a familiares y personajes del mismo Tomelloso, otros llevaban todos los signos inequívocos de los tipos callejeros de Madrid.

Y es en estos tipos, plenos de vida, por donde García Pavón se encontraba consigo mismo y por donde expresaba su verdadera manera de ser. Aquellos cuentos viejos personajes sencillos, constituyen el más puro retrato de su autor que pasará a la historia en todos los hombres. Así podemos comprobar su sensibilidad, siempre a flor de piel, cuando relata aquellas fiestas pueblerinas, con vecinos engalanados que llenan sus calles, entre el chasquido y resoplar de los cohetes sin rastra. O los curiosos devaneos de la moza enamorada ante los requiebros de sus pretendientes.

No cabe duda que García Pavón amó a su pueblo. Nunca negó su procedencia. Es más, presumió de su carácter pueblerino hasta en las más altas esferas, con el orgullo del hombre honesto y cabal. Lo mismo en el Ateneo, que en la editorial, o en la espléndida consecución del Nadal, supo siempre proclamar y elevar el nombre de Tomelloso. Y si su personaje más conocido, aquel al que dio vida a través de cuentos y novelas, el “PLINIO” inmortal, tiene algo de particular y extraordinario, es que era nada menos que Manuel González, el Jefe de la Policía Municipal de su pueblo.





Y no olvidemos la maravillosa descripción de la enfermedad de Gumersindo, cuando le llegó “la mala”, y las atenciones solícitas de Paulina. ¿Y quien no se ha imaginado alguna vez al “Trancredo”, el burro que tiraba del carro de sus sueños?

No le ensoberbeció su fulgorante carrera madrileña. Lo mismo atendía al saludo de Melchor Fernández Almagro, que en su pueblo al procedente de aquel labrador, viejo y cansado, que lo hacía levantando la garrota en sus paseos de atardeceres otoñales.

Recuerdo, ahora, sus preocupaciones y desvelos sobre los temas sociales. Como buen literario comprometido, los expresó por medio de algunos de sus escritos, me viene a la memoria aquel que titulaba, “El Carnaval” en donde relata cómo se representaban escenas en las que intervenían el amo y sus peones con diálogos sabrosos, llenos de ironía. El recordaba siempre a uno que llevaba un sarmiento en la mano con el que accionaba en demasía durante las representaciones de los “carros”.

Sus escritos se vieron influenciados por los paisajes que recorrió y pateó en su niñez. Las vías doradas, la arboleda de las Huertas, o por los colores imborrables que percibieron sus ojos... o por el otoño precoz y la primavera pujante a los que siempre cantaba.

Bien mereció el nombramiento de “Hijo Predilecto”. El municipio, con aquel acuerdo, no hizo más que afianzar y corroborar lo que él llevaba en el corazón. Como un espejismo nacen en sus relatos paisajes, como aquel de la carretera de Ruidera a Tomelloso, mientras “los hombres andaban entre las cepas, palpando racimos”.

Pero si hay algo que haya llegado al alma de entre todos sus escritos, es aquel del “Rapto de las Sabinas” en donde, de forma magistral por haberlo sentido y vivido sin duda, en donde describe a través de Natalio, como se acuestan los gorriónes. Es una escena fantástica. Cada pajariño tiene su nombre, su historia, su manía, sus miedos y sus alegrías. Es todo un poema en palabras de hombres sencillos, de hombres de pueblo como él.

Por eso he querido rendirte un modesto homenaje, aquí en tu pueblo, junto a los paisanos. Quiero que sepas. García Pavón amigo, que tu separación cruel, lejos de generar olvido, crea un imborrable recuerdo a todo aquel que comprendió tu obra. Aquí, en tu pueblo, junto a los tuyos, nos unimos unos amigos llegados de Getafe, pertenecientes muchos a “La Nueva Gran Piña”, asociación cultural que se dedica a la recuperación y recuerdos de hechos y personas que signifiquen a la ciudad. En tu caso hemos hecho una excepción y nos llegamos hasta aquí para cantar tus obras, que aunque conocidas, no dejan de ser impresionantes.

Aquí en tu tierra hemos pisado las calles que describistes en la primera historia de la ciudad, allá por el año 1955. Hemos reconocido a la patrona, Nuestra Señora de las Viñas, que también describe tu paisano Torres Grueso. En el Museo López Torres, con la alegre sinfonía de luz de sus cuadros costumbristas, recordamos el maravilloso paralelismo de tus narraciones. La alegría del color no empaña la fresca narrativa de tus escenas cuajadas de detalles y pintoresquismo.

En fin; hemos conocido al Tomelloso vinatero, al tesorero de la “holanda”, el quehacer bullanguero de sus gentes, las incabables bodegas... En los lienzos que nuestro amigo, el pintor Moisés, ha traído hasta aquí, se representa algunas de las escenas por tí descritas en prueba de la admiración y cariño hacia tu obra inmortal.

A tí Tomellosero ilustre, que nos enseñastes en Madrid las maravillas de tus tierras, que nos encandilaste con la gracia de sus relatos; fecundo autor, trabajador incansable, charlador animado, amigo de tus amigos, a tí narrador de tu pueblo, a quién un día bautizaron con el cariñoso sobrenombre “rubito de La Mancha”, que no podrás contemplar “las galeras de miés, como carros de sol, temblequeando su altura en cada bache, y el carrero, en el pescante de palos y correas, con los pies sobre el arranque de la lanza...” Ni al solitario gorrión, el último en llegar, que dormía sobre una teja y a quien nunca le alcanzó algún gato”.

Pero desde la eternidad por tí alcanzada, desde lo más alto de lo alto, te llegará si duda, el sincero homenaje que desde aquí, desde tu pueblo, un grupo de amigos te ofrecemos.

García Pavón amigo: gracias por tus obras, gracias por tu humanidad, gracias por tu amistad.

MANUEL DE LA PEÑA RODRIGUEZ MARTIN





MIS CONVERSACIONES CON PACO GARCIA PAVON



Ne conversado bastante con Paco García Pavón. De literatura, generalmente, y del cuento, en particular. Recuerdo, por sobre las demás, dos de nuestras conversaciones. La primera ocurrió en el mes de julio del sesenta y uno. Acababa él de publicar sus “Cuentos Republicanos”, había yo concluido de leerlos, en los tejados de la Plaza de las Cibeles se encontraban la tarde que se iba de capa caída y la noche que venía con el mórral lleno de estrellas. Nos vimos Paco y yo de frente y, al momento, nos sentábamos a una mesa de aquella terraza de verano que se desparramaba alrededor del quiosco levantado frente al Banco de España, en el Paseo del Prado. En seguida, hablamos de su libro reciente. El, como el que más y el que menos de los que escriben, tenía sus dudas sobre el valor de sus cuentos. Yo me refería a todos y a cada uno, y, con por menor, a “Servandín”, “Paulina y Gumersindo”, “El entierro del ciego”. Rodando nuestra conversación, me atreví a a tasar sus últimos cuentos: “Gente que conoce el paño de la literatura —le confié, porque en confianza hablábamos— tiene dicho que la mejor manera de tocar lo universal es profundizar en lo más local; justamente lo que has hecho en ese libro de excepción y, además, de cuentos. A ver si alguna vez se apean del burro grande, ande o no ande”.

En mis quince últimos años de docencia, solía decir a mis alumnos de literatura que la mejor manera de conocer la historia española del siglo XIX era leer las novelas de Galdós, y “La Regenta”, y, en lo tocante a la Segunda República y a la más próxima de las guerras inciviles de España, me dio por aconsejarles la vía recta para llegar a enterarse de veras, de lo ocurrido: echarse a los ojos los “Cuentos Republicanos”, “Los Liberales”, “Los Nacionales”, de García Pavón.

Mis muchachos afinaron su castellano en los cuentos de Paco; oyeron por primera vez y recordaron del olvido palabras que la ramplonería y la penuria del habla, de la conservación y de la literatura de estos últimos años han perdido para la mayoría: Recuperadas muchas voces, por su lecturas, empezaron a usarlas de inmediato: “requilorios”, “los cortes” (los pedazos de tierra), “majano”, “aparar”, “faltriquera”, “sicalípticas”, “fornicarias”, “latinear”; aprendieron de Paco y de memoria locuciones felices, hallazgos de expresión que, pronto, comenzaron a emplear, a tiempo y con tino y propiedad: “las mujeres del gremio de la ingle”; “el colegio de la fornicación”, “le traía algún presente”; “metedura de voz o desfine”; “procesión locaria”; “el vino repuntado”; “estuche negro y gastado por el palpo lento y untoso”; y se dieron cuenta cabal del tiento, la intuición y el ángel que pide el meterse a inventar palabras y el llegar a algo por el estilo de los inventos verbales de García Pavón. En mis clases y en el colegio de mis alegrías y disgustos circulaban como oral moneda corriente sus “resobineos”, “latines responsarios”, “culichicos”.

La segunda de mi par de inolvidables conversaciones con Paco sucedió una noche de Diciembre de mil novecientos ochenta y tres, y tuvo lugar espléndido (y, ay, poco frecuentado por mí) en el Hotel Palace. Eramos Paco y yo, con otros seis narradores, finalistas del Premio Sara Navarro. Nos sentamos en mesas inmediatas, a ir cenando y escuchando y sufriendo las noticias de lo que daban de sí las sucesivas votaciones del jurado. Cuando quedábamos cuatro, para los tres premios convocados, me dijo: “Vas a ganar”. Le dije: “Tú”. Cuando ya éramos tres los premiados y restaba al jurado determinar en qué orden, y adjudicarnos a cada uno nuestro premio, Paco soltó el cuchillo con que trinchaba su vianda, volvió el rostro hacia mi mesa y pronosticó: “Tú el primero; yo el segundo; y Mercedes (Salisach), tercera”. Le devolví, vuelto del revés, su pronóstico: “Tú el primero; yo el segundo”. Acerté. Al instante, con los brazos enlazados bebimos sendas copas de champán.

Mientras me quede cuerda para beber, siempre que beba una copa de champán, me acordaré de aquellas, y brindaré por tu eterna salud, Francisco García Pavón.

MELIANO PERAILE

LA GRACIA DEL REY DON CARLOS



La definitiva ausencia de García Pavón y el homenaje que la prepara su pueblo me pillan en una cavilación sobre mis propios cuentos. Pienso que el dedicarle a Paco uno de los que he reescrito (corregir es quitar...), resulta coherente con el magisterio que el fabulador manchego ejerció en el campo de la narrativa breve.

Mire usted, yo siempre había sentido curiosidad por las cosas de la cárcel. Cómo se pasarían en ella los días, si cerca del catre andarían de noche las ratas, también si en el catre le ponen a uno sábanas bien apiezaditas como las de casa. Se lo consultaba a mi compadre. “Tú qué dices, compadre, ¿peor la trena o el hospital?” Y él: “Ni se duda. La cárcel pasa, y se acabó”. La peor privación era lo del beber, o sea: el vino libre y caprichoso de las tabernas del barrio, aquí quiero, aquí también quiero, que es el único vino que vale la pena. Cuando por fin un día me metieron para dentro fue como si me quitasen un peso de encima, me alegré de haber tirado adelante con el formón y que a lo de curarse fuera el otro. La condena era mediana como el daño y podía aligerarse con el comportamiento. Me puse a comportarme bien. Un mañana vinieron a buscarme: “¡Félix Campano Buendía!” Domínguez traía cara de pascua, pero el hombre debió pensarlo mejor, de prisa estiró la chaqueta del uniforme y la cara. “¡Al señor director, andando!” Yo, como le dejo dicho, era un interno bien mandado. Seguro que mi primera intención fue tirar con todo y cumplir corriendo. Pero ojo, Félix. Que te la juegas, Félix. Obedecer hay que obedecer, pero sin mucho calor, siempre hay muchos ojos observándole a uno. “¿Es que no has oído? ¡He dicho que arreando!” En todo esto, noté que el grupo de los compañeros mosconeaba. Los que tienen condenas largas. Dos pasos atrás de mis espaldas se oían las botas pesadas. En un momento que nos emparejamos, el vigilante me gruñó encima: “Podías haberte afeitado”. “Si quiere un ris ras”, le dije por agradar. “¡En seco te afeitaba yo! Por lo menos abróchate la camisa”. Uno va pasando de lo que es verdadera prisión a aquellos otros pasillos y dependencias que poco a poco se hacen más blandos, hasta la luz que entra por las ventanas parece distinta. El despacho principal tiene su alfombrilla delante de la puerta. Domínguez se limpió las suelas de las botas.



Dio dos golpecitos y yo me sobresalté, la otra vez había sido por lo de mi madre que en paz descanse. La otra vez, el director que me sentara, un sillón con los brazos mullidos. “Tome un emboquillado”. “Se agradece”. Y sólo faltó que me lo encendiera. Luego sacó el telegrama y me comunicó la mala novedad con mucha educación y mucho respeto. Pues a saber ahora, el vigilante Domínguez entreabrió la puerta y metió la cabeza: “¿Permiso?” Y ya usted ve que todo era para llegar a aquello, un hachón en la mano, y la túnica hasta los pies.

La calle se había llenado con la procesión y a Campano le imponía tanto silencio. La banda, callada. La gente estaba como en misa y una voz rompió a leer en un papel antiguo. Campano no entendía del todo pero las palabras le llegaban con un prestigio misterioso, como cuando oye-
ra al fiscal en la mañana del juicio. “Pragmática” —y se imaginó una capa bordada de oro—, “privilegio gracioso”, “magnánima majestad”. Cuando dijeron del rey don Carlos nuestro señor, él se extrañó de que nadie se arrodillase. Un maestro de ceremonias colocó al indultado en el lugar que le correspondía. Campano se vio a paso lento por entre las aceras llenas de curiosos.

Donde el bar de Manolo, la calle se hace más estrecha. Delante justo de la puerta, el grupo de los curiosos de abrió. Se echaron a un lado y a otro como si una orden invisible los apartara. En el medio de los hombres estaba el compadre. Entonces, sí señor, allí fue donde sentí el puñal helado en el estómago, no, más por bajo del estómago buscándome los menudos. Y menos mal que llevaba la cara tapada. Porque hubiera oído el ¡marica! Y qué. El ¡castrón! Y qué más da si todos saben las cosas del compadre, a mí no me importan sus desplantes, ni que tuviera mal vino y el bolsillo tacaño ni que se proparasara un poco hasta con la hija de un amigo. Cualquier injuria menos aquel desprecio, sin ni siquiera levantar la voz, y en seguida dare la vuelta, La-mecu-los, con el compradre me dan espalda los otros hombres que siempre lo siguen, usted me comprende, los que siempre lo siguen, usted me comprende, los que viven y beben con uno, porque uno sin eso es más miserable que un preso que haya abusado de una criatura, más que un preso con la perpetua.

Un frío me seguía escarbando. Poder tirar el pantalón aunque fuera junto a una tapia, no digamos lo de casa de uno con el papel de periódico, que mi señora lo pone troceado. Pero a lo mejor estoy faltando, acabemos la procesión. El caso es que vino otro latigazo tan perro que tiré la vela y me remangué las faldas. Entonces junté todas mis fuerzas como para empujar una viga, cargar un tonel, esos oficios de los hombres que no tenemos oficio y salí corriendo —“¡Cogerlo!” “¡Que se escapa!”— y bien que sabía yo para donde —“¡Al preso!” “¡Al preso!”— y me daba gusto que me lo gritaran, sí señor, el preso soy yo. Con el esfuerzo último veía ya Campano los muros de la cárcel, y sus garitas, más indiferentes que alerta. Pudo pararse (los perseguidores habían quedado atrás) y se sacó el indulto por la cabeza. Con dignidad echó a andar para delante, ¡Piensa en otra cosa, Félix!, aguantaba figurándose la sorpresa del celador Domínguez, la hora del patio, compañeros que no tienen nada que echarte en cara, en eso pensaba, y sólo cundo le apuró mucho (pero ya llegaba al portón), en los excusados ásperos y sólidos como para hombres, hombres acucillados, tranquilos, con su cigarro mientras y sus desvanes de libertad mejor que la libertad misma.

ANTONIO PEREIRA

ORACION A PACO GARCIA PAVON



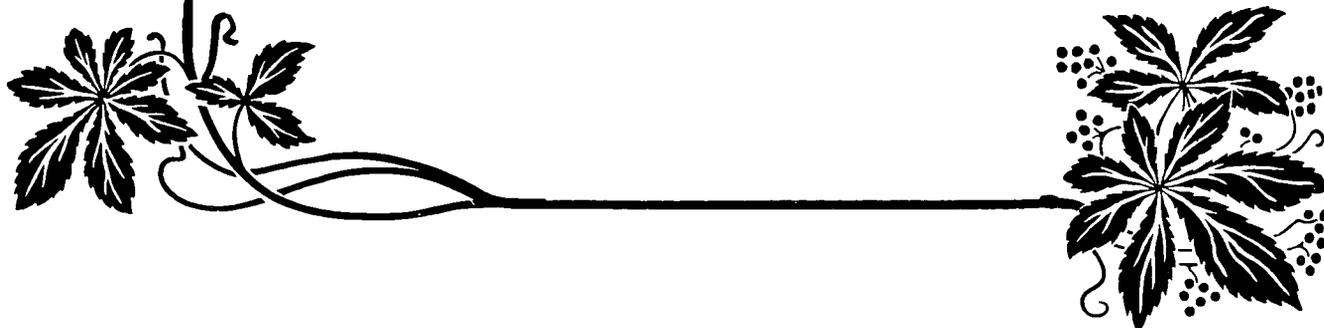
Adiós, Paco. Y espérame en el nido
del otro allá. Tenemos muchas cosas,
contradictoriamente rumorosas,
que nunca hemos pugnado y debatido.

Sé conmigo mordaz y comedido
como fuiste en las tardes amistosas:
ironía y respeto son las rosas
que en tu viejo rosal han florecido.

Tanta y tan contenida discrepancia
fraguó nuestra amistad: una distancia
cuanto más proclamada más estrecha.

Yo no quiero cerrar esa aventura
de rara luz, que dura y que perdura,
mientras mi corazón llora y te acecha.

JOSE LUIS PRADO NOGUEIRA



NIÑEZ DEL CAPITAN ALONSO DE CONTRERAS CON SU SALIDA DE LA VILLA Y CORTE

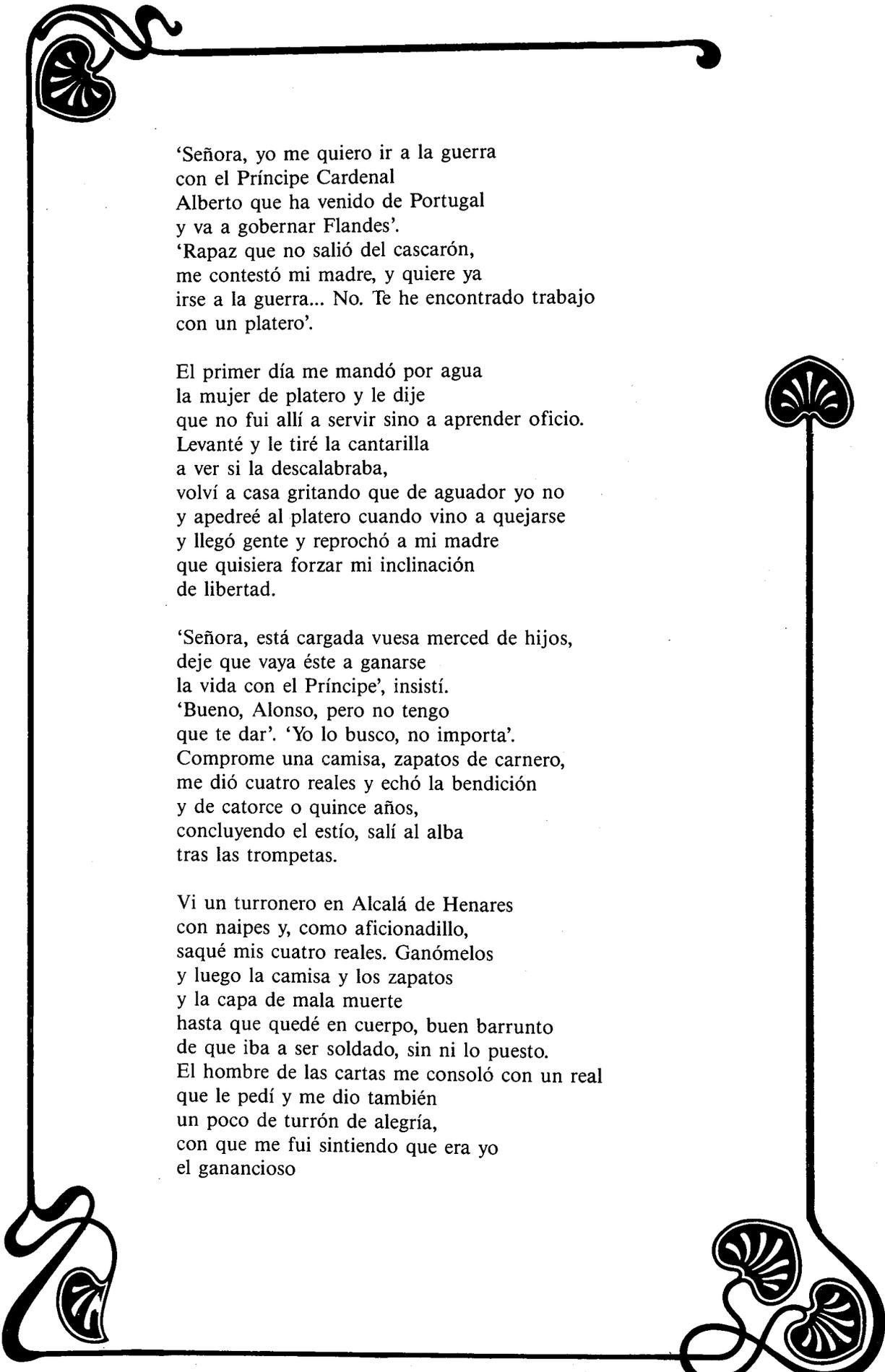


NAZCO en Madrid el día de Reyes 1582
de cristianos viejos sin sombra
de moro ni judío ni gente
penitenciada por el Santo Oficio.
Fueron mis padres pobres. Casados cual lo manda
la Iglesia hicieron dieciséis hijos
y al enviudar mi madre sólo quedaban ocho.
Yo era el mayor.

De colegial, comprado el maestro
por la familia rica del culpable,
me hizo subir arriba con engaño,
me engañó, me azotó con el zurriago
hasta la sangre y, en saliendo,
saqué a la puerta de la escuela
el cuchillito de las escrituras
contra el zagal aquel. Lo eché al suelo
de espaldas y clavé, daba en duro
así que lo volví cara arriba,
le di y le di por debajo, corrí oyendo
¡lo has muerto tú!

Salíme, por menor, sentencia
de un año de destierro. Lo pasé
en Avila con un mi tío cura
y a la vuelta 600 reales
era cuanto mi madre, que tenía
arreglada ya nuestra hacienda,
había ajustado en participaciones para
mi y mis hermanos.



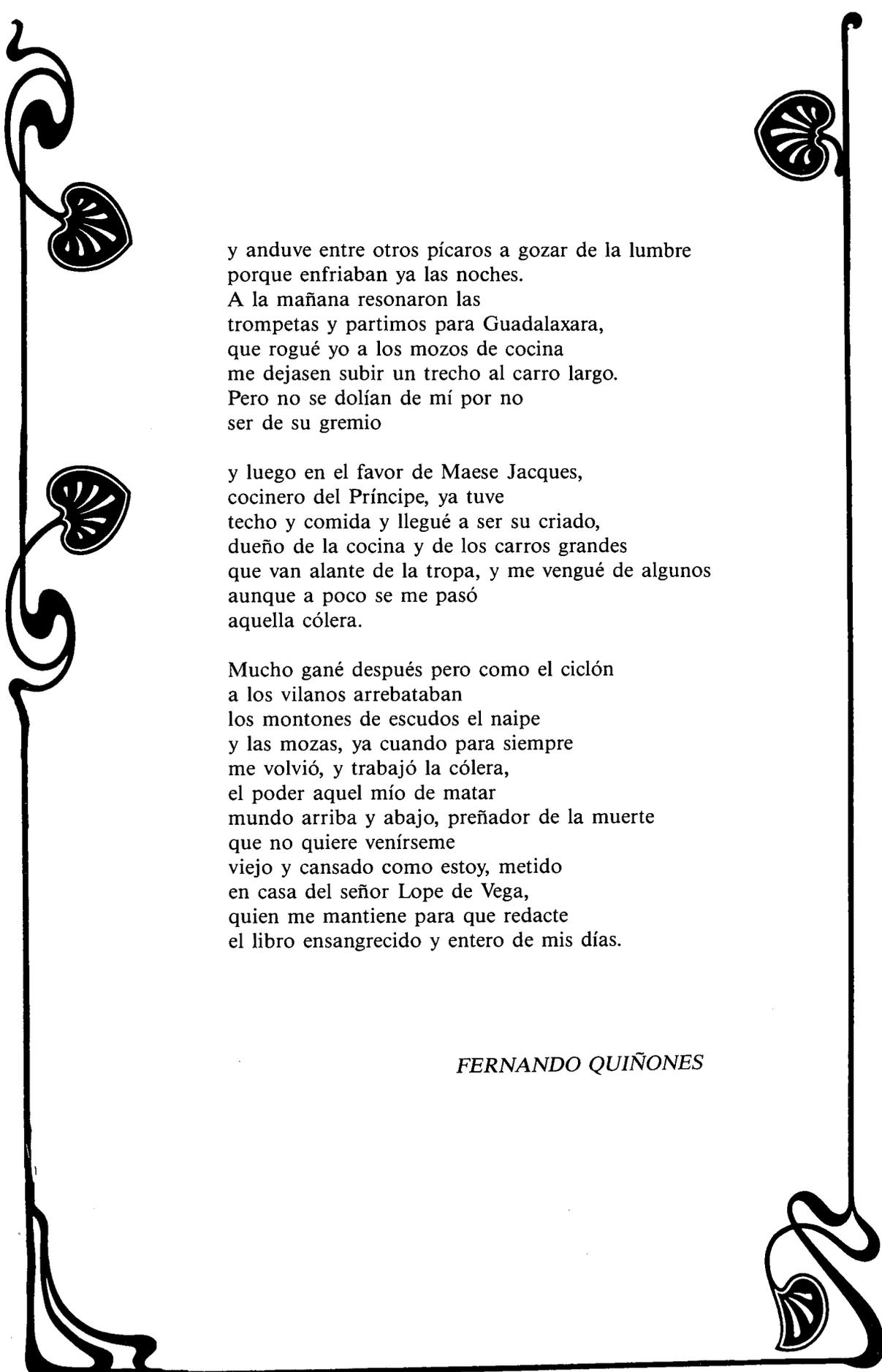


'Señora, yo me quiero ir a la guerra
con el Príncipe Cardenal
Alberto que ha venido de Portugal
y va a gobernar Flandes'.
'Rapaz que no salió del cascarón,
me contestó mi madre, y quiere ya
irse a la guerra... No. Te he encontrado trabajo
con un platero'.

El primer día me mandó por agua
la mujer de platero y le dije
que no fui allí a servir sino a aprender oficio.
Levanté y le tiré la cantarilla
a ver si la descalabraba,
volví a casa gritando que de aguador yo no
y apedreé al platero cuando vino a quejarse
y llegó gente y reprochó a mi madre
que quisiera forzar mi inclinación
de libertad.

'Señora, está cargada vuesa merced de hijos,
deje que vaya éste a ganarse
la vida con el Príncipe', insistí.
'Bueno, Alonso, pero no tengo
que te dar'. 'Yo lo busco, no importa'.
Comprome una camisa, zapatos de carnero,
me dió cuatro reales y echó la bendición
y de catorce o quince años,
concluyendo el estío, salí al alba
tras las trompetas.

Vi un turroneiro en Alcalá de Henares
con naipes y, como aficionadillo,
saqué mis cuatro reales. Ganómelos
y luego la camisa y los zapatos
y la capa de mala muerte
hasta que quedé en cuerpo, buen barrunto
de que iba a ser soldado, sin ni lo puesto.
El hombre de las cartas me consoló con un real
que le pedí y me dio también
un poco de turrón de alegría,
con que me fui sintiendo que era yo
el ganancioso



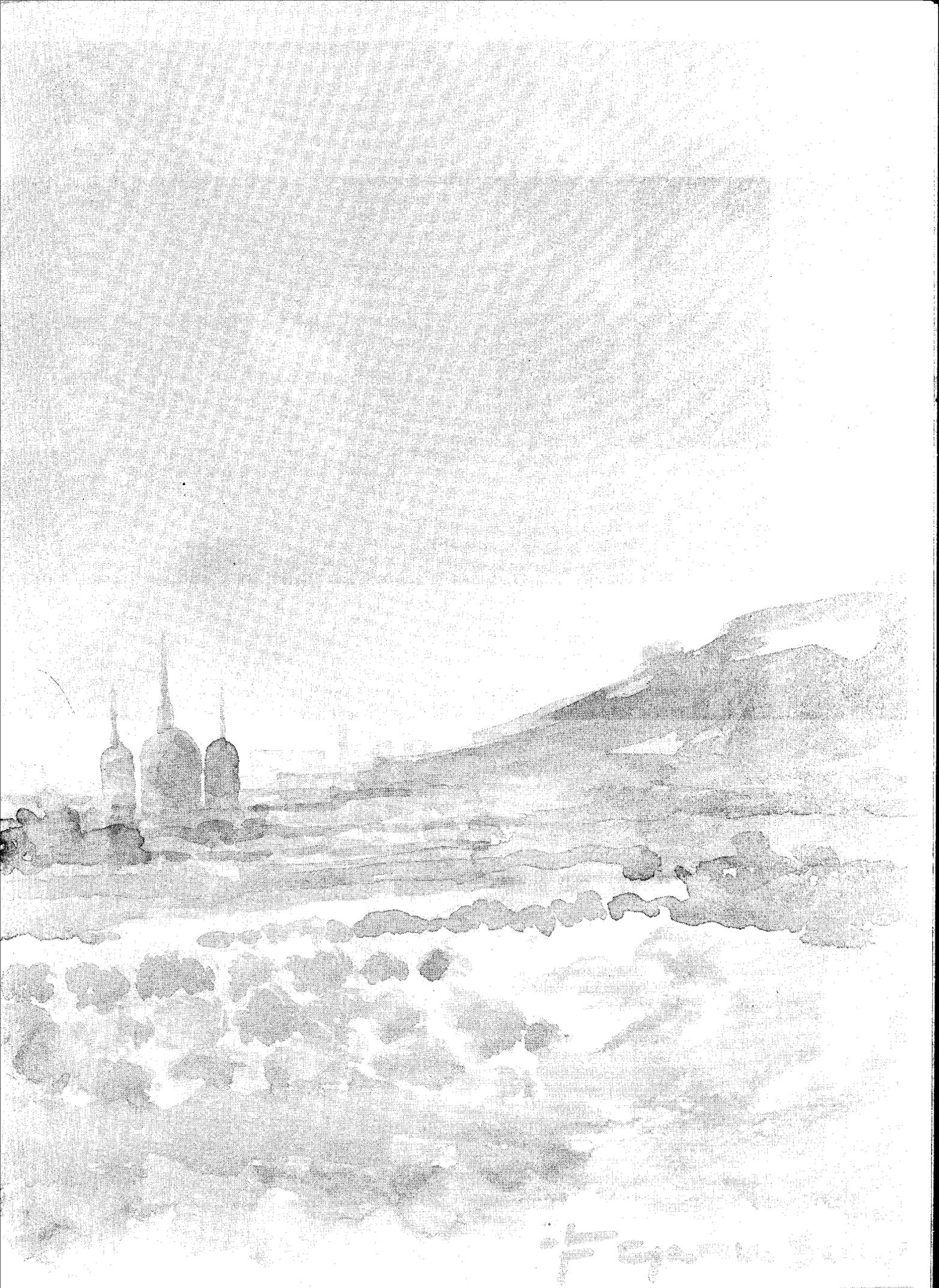
y anduve entre otros pícaros a gozar de la lumbre
porque enfriaban ya las noches.
A la mañana resonaron las
trompetas y partimos para Guadalajara,
que rogué yo a los mozos de cocina
me dejaran subir un trecho al carro largo.
Pero no se dolían de mí por no
ser de su gremio

y luego en el favor de Maese Jacques,
cocinero del Príncipe, ya tuve
techo y comida y llegué a ser su criado,
dueño de la cocina y de los carros grandes
que van alante de la tropa, y me vengué de algunos
aunque a poco se me pasó
aquella cólera.

Mucho gané después pero como el ciclón
a los vilanos arrebataban
los montones de escudos el naípe
y las mozas, ya cuando para siempre
me volvió, y trabajó la cólera,
el poder aquel mío de matar
mundo arriba y abajo, preñador de la muerte
que no quiere venírseme
viejo y cansado como estoy, metido
en casa del señor Lope de Vega,
quien me mantiene para que redacte
el libro ensangrecido y entero de mis días.

FERNANDO QUIÑONES







MIS CINCO LOBITOS...

Pues sí, yo he tenido varios hijos... Cinco... Era lo normal en mi tiempo y en mi familia. Todos se han ido quedando por ahí, en las zarzas como quien dice. El mayor, un gran muchacho, fue siempre el primero en todo. Estudió muchas matemáticas, chifladura que seca la cabeza, inclina a los cólicos y desemboca, por lo general, en un matrimonio muy desgraciado. A ver: no paran de hacer cuentas. Usted me contará. Es que, entre nosotros, eso de hacer cuentas... Quite, hombre, quite. En el mejor de los casos, ya le digo: la cabeza caliente y los pies fríos. Hizo una gran carrera, se llamaba Pascualbailón, como yo, como mi padre, como mi abuelo, y como todos los abuelos hacia atrás, hasta llegar a Viriato o al Rey David, el más famoso gachó del arpa. Pues Pascual tuvo mención honorífica en todos los años de su carrera, desde chiquitín. En el barrio se traían un buen cachondeito y le preguntaban por sus exámenes con un retintín que no vea usted qué recochineo. Y le llamaban el Niño de las Matriculas. Como a buen novillero, vamos, para que usted se percate. Y la que yo digo, para qué estudiar tanto y tanto, que llenaban los papeles de números y de fórmulas, y hasta en las paredes pintarrajeaba, y los domingos se los pasaba hablando solo y haciendo unos dibujitos que parecían cosa mala... Pues ya ve, lo quitó la guerra de en medio en un decir Jesús. Se hizo aviador, siempre he pensado que para no fallar al primer porrazo. Ni siquiera salió retratado en los periódicos, ni le dieron su nombre a una calle, ni siquiera su prole cubre la pensión que aquí está trabajándose todo quisque, socialista, marmolista o coñista que sea... Y yo no he querido levantar la caza porque, a lo mejor, en vez de darle alguna ayudica a los suyos, la Nemesia y el chaval, que, aunque bizco, tartaja y malaúva, es hijo suyo, hombre, por lo menos eso dicen los papeles... Le digo que no he levantado la caza porque seguro seguro que me hacen pagar el avión a mí, por aquello de si era sabotaje o dejó de serlo... Pasa cada cosa en cuanto se roza al Gobierno...





Ya tiene usted ahí la historietta de mi hijo mayor. Vino luego la chica, rubiales, ojos claros, regordeta, coquetuela, le gustaba asomarse al balcón y hacer cucamonas a los chavalones que pasaban. Soñaba con ser artista de cine, naturalmente muy famosa, e imitaba los gestos de la Greta o de la Marlene, y, cuando había visitas, cosa frecuente en aquellos días, ponía cara tristonaa y despistada, suspiraba, se acariciaba las sienes y se lamentaba de ser una malcomprendida. Ella era una gran actriz, pero en manera alguna una pelandusca, y así, en esta tierra, tanto machismo... Ya usted me comprende. La chica llevaba toda la razón. Más que un santo. Entre nosotros, una rapaza que no piensa en hacer buena boda o en ser funcionaria gilituerta, ¡hala, a la pendonaria nacional...! Ya está catalogada sin remedio. Y no es eso, hombre, que no, cómo se lo contaré... También se casó. la boda fue muy sonada, gran merendola, bailongo, fue la fiesta en el salón *El frenesí*, estaba el suelo recién arreglado, pulido, encerado, y la sobrina del cura, una zangolotina culibaja y ñoña, campeona de crucigramas, se cayó al marcarse un ocho pinturo y se rompió la crisma. No, no es metáfora. Se abrió la cabeza con un pico del barandal de la pista. ¡Si viera cómo sonó el batacazo! Dejó el suelo algo emporcado, tan limpito y brillante que lo habían puesto. Fue, sin duda, una desconsideración caerse allí. Hubo que suspender el bailoteo. Fue mientras bordaba un tango, *Un tropezón*, muy sentimental, muy así, *se me pianta un lagrimón, que al rodar en tu empedrado...* Y comprenderá usted, no hace falta que se lo jure, que en una boda que nace con una costalada de ese tamaño no puede acabar bien. Mi chica, o sea, vamos, creo que no le he dicho su nombre, era Ursula como su madre y como su abuela y como su bisabuela y como su... Oiga, no interrumpa. Aquí soy yo quien cuenta las cosas, ¿estamos? Si no le gusta mi procedimiento, ahueque con viento fresco. Hablo como me sale de... Bueno, yo soy bastante mal hablado cuando me pinchan. Así que usted a escuchar y punto en boca. Faltaría más, hombre. Pues que Ursula y su conxorte se zamarreaban de lo lindo dos o tres veces diarias, con resultados muy contradictorios. Los vecinos apostaban por uno de ellos. Había división de opiniones, con lo que la gresca se convirtió en endémica y casi nacional, riase usted de la invasión de Napoleón o de la noche de San Bartolo, qué va... Había que reponer con frecuencia el ajuar, tras la dulzura de la reconciliación. Pues ahí tiene: la Ursula, tan luchadora ella, se ha muerto hace poco, de repente, sentada frente a la televisión, mientras seguía uno de esos concursos donde reparten monises en abundancia a los sabios montaraces que nos disfrutamos... ¿Usted no ha ido nunca a un concurso? Apréndase las capitales de Europa, el nombre de dos o tres presidentes o monarcas, en activo o no, sépase una receta para hacer mermelada de hormigas y conozca alguna infusión contra los cálculos biliares y, ¡zas!, multimillonario. Y sin impuestos. Yo no voy porque no tengo tiempo. En fin, muerta la Ursula, ya le he contado la vida de los dos primeros.

El tercero tenía habilidades manuales. Se ganó la vida opíparamente haciendo pajaritas de papel, figuritas de miga de pan, muebles con pinzas de la ropa. Puso un tenderete en la puerta del Museo del Prado, al mes tenía un seiscientos y al año un Volkswagen. Pero vino una inspección, y, como no tenía título universitario ni cédula fiscal, ni parientes concejales, le requisaron la mercancía y le desterraron no sé dónde, por ahí, lejos, algo más allá de Guadalajara. Comenzó, para matar el aburrimiento, a fabricar cachivaches de madera, y una mañana muy fría, mientras recogía tarugos en el monte para hacer sus primores, encendió una hoguera, a ver, los sabañones, calentar la tortilla, en fin, esas cosas de la vida campestre, tan simplonas y tan hondas. Y un





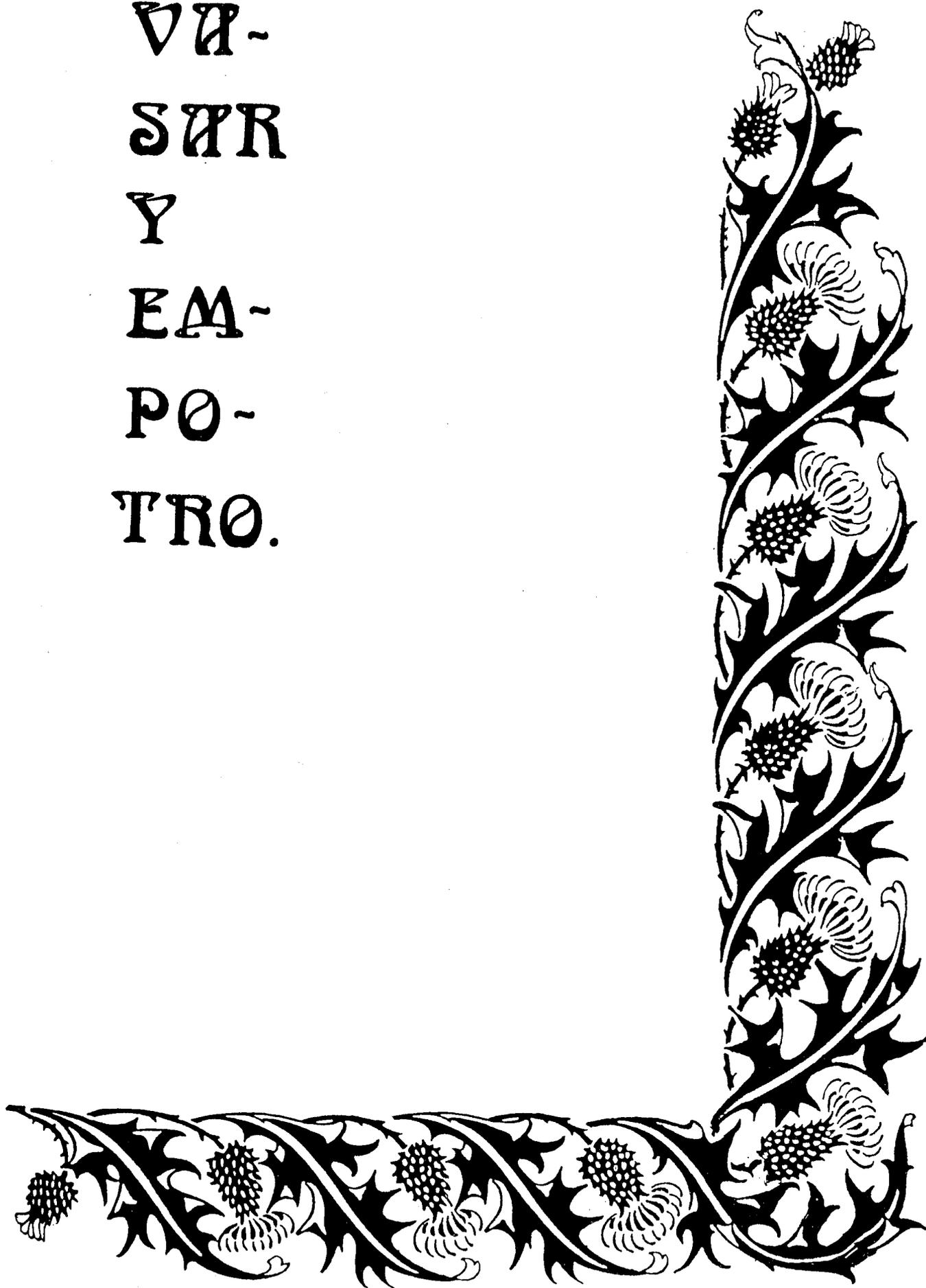
guardajurado la tomó con él, le apagó el fuego, le volcó la tartera, le pisoteó la tortilla. Se enfadaron, puñetazo va insulto viene, ya sabe usted como habla nuestro honrado pueblo... Total, que el guarda se le disparó la carabina y mi chico se fue a hacer sus juguetillos al cielo, digo yo que sería al cielo, usted me dirá donde, si no. Se llamaba Sebas, Sebastián. ¡Si por lo menos el tal ángel de la guarda con banderola le hubiese abatido con flechas...! ¡Madrecita de mi alma, cómo anda por estos andurriales la justicia...! Al guarda jurado le han atizado una pensión muy buena y le han retratado y repartido la foto a los niños de las escuelas, como ejemplo de conducta cívicoecológica. Y ya van tres.

Los dos últimos fueron gemelos. Oiga qué lío. Se levantaban a la vez, tenían anginas a la vez, se enamoraban a la vez. Un problemón así de gordo. La verdad es que fue casi una buena noticia el choque contra un árbol, a la vuelta de la feria de Albacete, donde habían ido a comprar la misma navaja, a la misma tienda y a la misma hora. Iban confiados, porque habían consultado el horóscopo y a uno le tocaba aquel día buen resultado amoroso y al otro ídem de lienzo en dinero, mientras que el dinero era catastrófico para el primero y el amor una calamidad para el segundo. Se ve que era el primer día en su vida que no estaban de acuerdo y por eso chocaron contra un olmo. Habían comprado dos periódicos para ver el horóscopo y se olvidaron de cotejar las citas. Después supimos que eran de distinta fecha. O que un astrólogo era de izquierdas, y el otro carcunda. Habrá que corregir esas disidencias en la nueva legislación autonómica, ya está bien de disidencias... El chico más joven, o sea, el que nació en segundo lugar, sostenía que el árbol era un olmo, mientras que el juez sostenía que era un chopo. Sí, mi chico duró un rato más, el suficiente para declarar y dejarse retratar para la campaña "Protección en la carretera". Entre el juez y el moribundo se entabló discusión, derivada a bronquitis agudísima. El juez era un tipo tozudo, protestón, o sea, de su tierra. Y el chaval, del esfuerzo, se acabó de desangrar y, eso es, la diñó. El juez anda por ahí todavía, y en las reuniones familiares, en Navidad, Reyes, aniversarios, etc..., siempre cuenta que a él no hay quién le discuta qué clase de árbol es el mejor para un buen desenlace automovilístico. Se echa de ver que es persona muy entendida en botánica sacudiente, vaya que sí. Estos dos rapaces... Si, se llamaban Herodes y Pilatos. Fue un capricho de su madre, mi Ursula, que tenía un labio echado para atrás, lo que aparentaba mayor largura de los dientes, y que no se reía más que cuando leía las esquelas en el periódico. Palmó cuando el tifus del piojo... Bueno, ya le he contado bastante por hoy. Usted, ¿no tiene una parentela así, bajo tierra, ya puritita erudición? Pues sí que. Mire, mire, déjeme en paz, yo no puedo perder el tiempo contando mis cosas a gente indocumentada. ¿Cómo va a pasar usted a la Historia, a la Historia con mayúscula, si no ha tenido unos hijos como los míos, todos con una biografía excepcional? Ande, ande, váyase a pasear un poquito y, cuando se haya oreado, vuelva. Le contaré algo más de cada uno de mis chavales, que fueron lo que se dice unos tipos estupendos. Lo que son las cosas, muertos y todo, ya ve, me siguen haciendo compañía, lejos, calladitos, vienen siempre, sin rechistar, a cualquier hora que les llame... Usted, usted es quien está solo, resolo, a jorobarse tocan, amigo mío, a jorobarse...

A. ZAMORA VICENTE



VH-
SAR
Y
EA-
PO-
TRO.





«Retrato de García Pavón», de Antonio López (1951)

BIOGRAFIA

Francisco García Pavón nació en Tomelloso el año 1919. Por razón de estudios fue a Madrid, donde se licenció en Filosofía y Letras, alcanzando luego el grado de Doctor, con una tesis sobre el novelista "Clarín". Ganó cátedra en la Escuela Superior de Arte Dramático de cuya dirección estuvo encargado varios años. Junto a sus tareas docentes llevó la editorial Taurus, de Madrid, en la que dejó una muy notable orientación y labor positiva. Fue colaborador asiduo de periódicos y revistas literarias, y sus colaboraciones van desde el cuento original, la crítica de teatro, al comentario de actualidad y el ensayo. La amenidad y el buen decir, además de un templado humanismo son nota constante en estas páginas.

Sus actividades en la enseñanza le llevaron a cursos de extranjeros en España, participando en los más prestigiados, así como a conferencias y congresos en Universidades europeas y americanas. Su doble condición de escritor y profesor le dio ocasión de mostrar su interés y competencia en el campo de la historia literaria, en el cual le debemos entre otros estudios, el dedicado a *Teatro Social en España* (Madrid, 1962), que supuso novedad en temática y enfoque.

García Pavón queda marcado, cronológicamente, entre nuestros prosistas de posguerra, con las condiciones ineludibles de su circunstancia, pero con muy acusada independencia y personalidad. Amigo de Aysta, Aldecoa, Delibes, etc., en su obra hay una evidente originalidad, nacida de sus propias cualidades más que por rechazos. Las limitaciones que la censura impuso fueron obviadas por el escritor, que supo proclamar y mantener un tono y actitud mental del más limpio liberalismo. Cuentos y novelas fueron apareciendo con regularidad sostenida, que nos hace ver en él un escrito de flujo muy regular, lo que supone una disciplina no menos que una disposición creativa en la misma línea. El propio autor dijo de su obra que está más en el ámbito del cuento que de la novela de largo aliento (1).

• • •

García Pavón va a escribir su primera obra literaria, *Cerva de Oviedo*, (1945) una novela que queda finalista del entonces jovencísimo Premio Nadal. A pesar de ello la firma Destino no publica la obra y es la familia del autor quien corre con todos los gastos de la impresión del libro, que causa una verdadero revuelo en la sociedad ovetense y la edición se agota en poco tiempo.

A partir de ese momento, García Pavón se va a dedicar intensamente al cuento y a la novela corta, género éste que cultivará también de forma bastante asidua durante toda su carrera. Durante estos años escribe muchos de los relatos que más tarde pasarán a formar parte de sus primeros libros: *Cuentos de mamá*, *Las Campanas de Tirteafuera*, *Los Carros Vacíos*, y muchos otros que fueron aparecidos sucesivamente.

(...) Por los años cincuenta han aparecido ya sus cuentos en multitud de publicaciones y su nombre ha estado en la nómina de los concursos de cuentos más afamados de aquellos años. Por otra parte, García Pavón, joven doctor en Filología Románica, prepara oposiciones, que ganará, para la Cátedra de Literatura de la Escuela de Arte Dramático, de la que llegará a ser primero subdirector y más tarde director.



Esta actividad suya relacionada directamente con el teatro y el mundo de la escena va a dar origen a otra de las más importantes actividades profesionales e intelectuales de García Pavón. En 1959 obtiene una ayuda de la Fundación Juan March para trabajar en un libro sobre teatro que dará como resultado *El Teatro social en España*, que aparecerá algunos años después. Esta preocupación y dedicación suya por el teatro dará origen también a una actividad fecundadísima de García Pavón: la crítica teatral que realizará en el diario Arriba, sustituyendo por entonces en la labor a Gonzalo Torrente Ballester, que la había ejercido desde los años inmediatamente después en otros periódicos (Nuevo Diario y, más tarde, Ya).

En la década de los años sesenta la actividad literaria de García Pavón se hace intensísima. Junto a la ya mencionada dedicación a la crítica teatral, García Pavón pronuncia también innumerables conferencias sobre teatro, prologa gran cantidad de obras, especialmente teatrales, tanto de autores clásicos como modernos. En 1964 se le nombra, junto a Federico Carlos Sainz de Robles y José López Rubio, director del Teatro Español de Madrid. Toda esta intensísima actividad relacionada con el mundo de la escena dará origen a la concesión, a finales de este año de 1964, del Premio de Cinematografía y Teatro que concedía por entonces el Ministerio de Información y Turismo. Además, algún año después García Pavón se hace cargo de la dirección de la firma editorial Taurus, en la que realizará una interesante labor editora.

Y es precisamente al final de esta década de los sesenta cuando García Pavón se convierte en un autor famoso, popular, reconocido y conocido de un público mayoritario. En 1969 su novela *El rapto de las Sabinas* recibe el Premio de la Crítica y algunos meses después *Las hermanas Coloradas* es Premio Nadal. Además, por esos años, sus libros, tanto de cuentos (*La Guerra de los dos mil años*, *Los Liberales*), como las novelas, reciben siempre muy buenas críticas y el éxito de ventas parece asegurado (2).

• • •

García Pavón continuó incrementando su obra prosística en la década de los setenta y sus novelas de la serie Plinio fueron llevadas a TVE. A partir de entonces, quizás ya no fue nada igual para García Pavón, aunque este extremo merece ser estudiado con mayor detenimiento. Un derrame cerebral truncó su carrera creativa en marzo del 83 apenas haber recibido, días antes, el Premio de Cuentos Sara Navarro. Falleció seis años más tarde en su domicilio madrileño de la calle Augusto Figueroa.

- (1) Del libro *Francisco García Pavón*, de Francisco Ynduráin, Ministerio de Cultura, Dirección General de Promoción del Libro y la Cinematografía, 1982.
- (2) Del Artículo *Francisco García Pavón, escritor de cuentos*, de Luis de la Peña, publicado en la revista *Lucanor*, II semestre de 1989.

BIBLIOGRAFIA

- Cerca de Oviedo*. Madrid, 1945.
Cuentos de mamá. Insula, Madrid, 1952 (firma el prólogo en Tomelloso, 1949; segunda edición, Destino, Barcelona, 1972).
Cuentos republicanos. Taurus, Madrid, 1961.
Los carros vacíos. LNP, Madrid, 1965.
Los liberales. Destino, Barcelona, 1966.
El reinado de Witiza. Barcelona, 1966.
La guerra de los dos mil años. Barcelona, 1969.
El rapto de las sabinas. Barcelona, 1969.
Las hermanas coloradas (Premio Nadal 1969). Barcelona, 1970.
Historia de Plinio. Barcelona, 1970.
Nuevas historias de Plinio. Barcelona, 1972.
Voces en Ruidera. Barcelona 1973.
El último sábado. Barcelona, 1976.
Ya no es ayer. Barcelona, 1976.
Los nacionales. Barcelona, 1977.
Otra vez domingo. Madrid, 1978.
El hospital de los dormidos. Cátedra, Madrid, 1981.
Cuentos. 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1981.

OTROS LIBROS DE CUENTOS:

- Las campanas de Tirteafuera*. 1955.
La cueva de Montesinos y otros relatos (Antología). 1974.
El caso mudo y otras historias de Plinio. 1980.

ESTUDIOS Y ENSAYOS:

- Estudios manchegos*. 1951.
Historia de Tomelloso. 1954.
Antología de cuentistas españoles contemporáneos. Madrid, 1959.
Teatro social en España. Taurus, Madrid, 1962.
Teatro menor del siglo XVII. 1964.
Juan José y los semidioses. 1965.
«Fuenteovejuna» y «Peribáñez». 1965.
Después de la caída. 1966.
El «Don Juan», de Zorrilla, y «El burlador de Sevilla», de Tirso de Molina, 1967.
España en sus humoristas. 1967.
El jardín de las boinas. 1980.
- Hay traducciones de sus obras a varios idiomas, y ediciones, como la de *Cuentos*, con estudio de R. Millán, Filadelfia, 1972.

EDICIONES Y ESTUDIOS SOBRE OBRAS AJENAS:

- Teatro menor del siglo XVII*. Madrid, 1964.
Juan José y Los semidioses. Madrid, 1965.
Fuenteovejuna y Peribáñez. Madrid, 1965.
Don Juan Tenorio, de Zorrilla, y *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, Madrid, 1967.
Textos y escenarios, en colaboración con Dolores Rebes. Barcelona, 1971.

PREMIOS

- De la Crítica*, 1968.
Nadal, 1969.
Hucha de Oro de cuentos (de la Confederación de las Cajas de Ahorros, 1975).
III Premio Antonio Machado de cuentos, 1978 (de Renfe).
Sara Navarro (1983).

TRADUCCIONES:

- Francés, italiano, danés, polaco, rumano, checo, ruso y sueco.

CONFERENCIAS:

- En Roma, Londres, Irlanda, Suiza, Bélgica, Holanda y Estados Unidos.



Selección de críticas

EUGENIO DE NORA

«La frescura de observación en cuanto a costumbres y psicología local, la vivacidad en la captación de detalles, la zumba y riqueza de fantasía..., la seguridad del autor no sólo en la narración, sino también en su excepcional recurso a los sueños y pesadillas reveladoras, el tratamiento matizado de la leve anécdota sentimental, todo, tratándose del libro inicial de un joven escritor, parecía testimoniar el narrador de gran clase que hace sus primeras armas.»

Sobre la novela *Cerca de Oviedo*, en su *La novela española contemporánea* (1939-1967), 2ª ed., Gredos, Madrid, III, pp. 255-256.

TEOFILO APARICIO LOPEZ

«*La guerra de los dos mil años*» es una novela que encaja perfectamente dentro del género de invención. Un libro sorprendente y jugoso que rompe la línea de su narrativa anterior y que es relato total y absolutamente “inventado”, utópico y ucrónico, con un escenario futurista cercano a la ciencia-ficción. Un libro delicioso, alimento para la imaginación de las gentes en todos los tiempos y geografías; lleno de lirismo neorromántico, junto a ápices de extraordinaria audacia imaginativa.»

20 novelistas españoles contemporáneos, Valladolid, 1979.

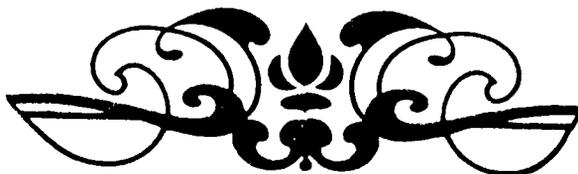
ANTONIO TOVAR

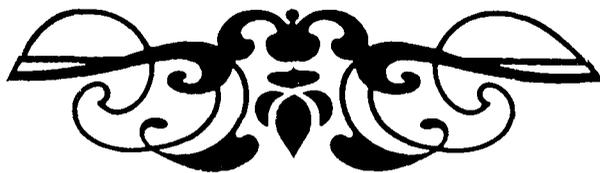
«Me atrevo a decir que lo que da dignidad a estas novelas, cuya lectura es para el lector, estoy seguro, una fiesta, es el peso de la realidad, un sentido radical de la realidad humana, de peso de la materia que somos.

La cantera que García Pavón ha descubierto en un pueblo... sigue inagotable después de sacar de ella tantas figuras. Anónimos mohínos se alegran con ellas y entrecejos cargados de tempestades se desfruncen con las aventuras del detective de La Mancha —cuyos perfiles son tan reales— que vuelven a plantear la hamletiana duda sobre la existencia misma, como en la vieja paradoja de si es más real que el Quijote cabalgando por La Mancha de papel que su difunto creador, el hombre de carne y hueso que se llamó Miguel de Cervantes.

Pero García Pavón, además de haber sabido descubrir, crear y comunicar sus tipos de figuras, ha sabido reflejar en estas novelas su visión discreta y no desbordada de sociólogo.»

«El realismo de García Pavón», *Novela española y sudamericana*, Alfaguara, Madrid, 1972.





GUILLERMO DIAZ-PLAJA

«El autor, como se sabe, ha conseguido crear una mitología popular en torno a su divertido personaje, Plinio, guardia municipal de Tomelloso. El hallazgo es considerable: traer a un rincón castellano la técnica de las novelas hiperbóreas *cum grano salis*, con una punta finísima de observación e ironía. Para empezar —y bien felizmente—, lo policíaco es, pues, materia de humor y, como consecuencia, arte sentido, sonriente; se proyecta sobre su visión de una población manchega.

He aquí, pues, una desmitificación de La Mancha a la que se le quita el perfil patético, y desolado que le atribuyen los escritores que más han querido servirla, desde Cervantes hasta Azorín... Las incidencias criminosas que Plinio aclara y resuelve son vistas de modo humorístico con que el gran Chesterton nos explica las andanzas del inefable Padre Brown. ¿Y no es oportuno acierto llevar esta gracia sonriente a una geografía literaria que, especialmente desde la generación del noventa y ocho, se presenta habitualmente con negruras ascéticas y solanescas?»

«Cien libros españoles e hispanoamericano», *Una Mancha alegre*, Madrid, Anaya, 1971.

LUIS SUÑER

«Hay en García Pavón un intento por reflexionar al hilo de la historia del país, reflejada en ese personaje que es él mismo y en todo lo que le rodea. La propia sujeción de sus libros de relatos guarda un adecuado orden de cronología respecto de la historia más o menos reciente. En *Cuentos de mamá* estará presente el mundo de la infancia y aparecerán personajes desarrollados luego en libros posteriores. *Cuentos republicanos* será la experiencia de lo que en el mundo que rodea al personaje supone la llegada de la II República. En *Los liberales* será ya la guerra el telón de fondo para el análisis de una actitud. *Los nacionales*, por fin, reflejarán los años inmediatos al fin de la guerra civil. *La guerra de los dos mil años* —publicada entre *Los liberales* y *Los nacionales*— saldrá, sin embargo, de esa evocación directa para intentar otro modo de escritura, atravesado de un humor más intelectualizado que nacía también de una prosa más elaborada, en parte, por menos ceñida a los referentes comunes a otros libros anteriores».

«El País», Madrid, 13-IX-1981

Del libro «Francisco García Pavón» de Francisco Yndurain. (Ed. MC. Madrid, 1982).



ALBUM



Isacc y Francisco García Pavón con su madre Isidora Pavón Rojo



García Pavón con López Torres en Ruidera. (Abril de 1970)



García Pavón y Eladio Cabañero



García Pavón en su estudio de Madrid



García Pavón con sus hijos Sonia y Luis



Presentación de la novela «El reinado de Witiza» en el Ateneo de Madrid



García Pavón firmando ejemplares de «Las Hermanas Coloradas», Premio Nadal 1969



García Pavón con Baltasar Porcel en Barcelona. (Abril de 1970)



Foto preferida de García Pavón. La instantánea capta un momento de la intervención de A. Buero Vallejo en el homenaje que se le dedicó a nuestro autor tras la concesión del Premio Nadal.



Miguel Delibes, Dionisio Ridruejo, Castillo Pouche y García Pavón (Mayo 1974)



García Pavón y Buero Vallejo en un viaje a EE.UU. para participar en un ciclo de conferencias



García Pavón con su familia. (Marzo de 1971)



Antonio Casal y García Pavón durante un descanso del rodaje de la serie «Plinio»



Nueva imagen familiar. (Febrero de 1980)



Reunion de la Asociación Cultural de Tomelloso. (Marzo de 1981)



Homenaje a la Policía Municipal de Tomelloso. (24-X-81)



Homenaje a José García Nieto en el Café Gijón. (Junio de 1980)



Comida a Jesús Fernández Santos por haber recibido el Premio Planeta. (Mayo de 1980)



Homenaje a Luis Burón. (Noviembre de 1981)



Homenaje a Plinio de la Guardia Municipal de Madrid. (27-X-81)





García Pavón recibiendo el Premio de Cuentos «Sara Navarro». (Marzo de 1983)



El Cardo de Bronce

Este número especial de los Cuadernos de Poesía y Pensamiento de Tomelloso se edita con la subvención de la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, el Area de Cultura de la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de Tomelloso.

